

Homenaje a Félix Varela

Sociedad Cubana de Filosofía

Índice

- **Decíamos ayer** · Mercedes García-Tudurí · 7
- **Breve historia** · Humberto Piñera Llera · 9
- **Mensaje a la Sociedad Cubana de Filosofía** · Mons. Eduardo Boza · 15
- Mercedes García-Tudurí · **El más original tratado de moral: «Cartas a Elpidio» del padre Félix Varela** · 19
- José Sánchez-Boudy · **El padre Varela: Patria, Independencia y Derechos Humanos** · 31
- Elio Alba Buffill · **Un paralelo entre dos fundadores: Varela y Varona** · 39
- Alberto Gutiérrez de la Solana · **En torno a la cuarta carta a Elpidio del tomo primero** · 57
- Humberto Piñera Llera · **Varela y Martí o la dignidad del destierro** · 73
- Félix Cruz-Álvarez · **Introducción al pensamiento político del padre Félix Varela** · 87

Edición digital íntegra del texto contenido en el libro de 103 páginas, formato 140×210 mm, publicado en 1979 en Miami por Ediciones Universal (aunque impreso en España). En la contracubierta figura el siguiente texto:

Sociedad Cubana de Filosofía (Exilio)

Hace casi dos décadas, la Sociedad Cubana de Filosofía, fundada en 1946 por un grupo de entusiastas devotos de los estudios filosóficos, suspendió sus actividades y guardó silencio, con motivo de la conculcación sufrida por la libertad de nuestra patria. Sus miembros se dispersaron por el mundo, y el espíritu de la Sociedad se unió al éxodo.

En enero de 1977, desde tierras de exilio, algunos de los antiguos miembros de la Sociedad Cubana de Filosofía, y otros amigos más recientes, consideraron llegado el momento de reanudar las actividades filosóficas interrumpidas en Cuba. Los propósitos que los han animado son los mismos que mantuvo la entidad que se forjó en la patria: continuar la tradición filosófica que enriquecía nuestro pasado; mantener al día los estudios de estas disciplinas y estimular en los jóvenes la vocación por las ciencias fundamentales.

Ya constituidos en un organismo legalmente establecido, comenzamos nuestras sesiones públicas el 21 de mayo de 1977, iniciando la celebración de un ciclo de conferencias sobre el P. Félix Varela.

Esta publicación, la primera, que lleva a cabo la Sociedad Cubana de Filosofía (Exilio), recoge los trabajos pronunciados sobre Varela en los primeros meses de su existencia. Deseamos continuar con el estudio de todos nuestros valores filosóficos del pasado, pues queremos que los jóvenes compatriotas que aquí crecen conozcan que existe una tradición gloriosa, que tuvo a la filosofía como fundamento de los ideales patrios, pasado que debe equilibrar su actual formación en la que tan alto papel juegan las ciencias prácticas y la técnica.

Decíamos ayer...

Recordamos la célebre expresión del gran poeta agustino Fray Luis de León cuando retornó a sus tareas académicas de la Universidad de Salamanca, deseando indicar, como seguramente quiso hacerlo él, que hay actividades culturales que pueden ser interrumpidas en el tiempo, pero que ese lapso no debe nunca constituir una permanente solución de continuidad.

Hace casi dos décadas, la Sociedad Cubana de Filosofía, fundada en 1946 por un grupo de entusiastas devotos de los estudios filosóficos, suspendió sus actividades y

guardó silencio, con motivo de la conculcación sufrida por la libertad de nuestra patria. Sus miembros se dispersaron por el mundo, y el espíritu de la Sociedad se unió al éxodo.

La ausencia de libertad era incompatible con la filosofía, que requiere para la realización de sus tareas el más amplio respeto. No era la primera vez que en la historia las ciencias fundamentales eran víctimas de las circunstancias políticas. En la misma Grecia, cuna de esta rama de la cultura, la demagogia imperante en el siglo IV a. C. hizo ejecutar a Sócrates. Platón se vio compelido a huir y, «para que Atenas no pecara por segunda vez contra la filosofía», Aristóteles se exilió para siempre.

La libertad de pensamiento es tan esencial al ejercicio de estos estudios que, cuando carece de ella, se extingue, como muere la semilla caída en suelo estéril; y si naciera, una perversa mutación la transformará en otra clase de planta.

En enero de 1977, desde tierras de exilio, algunos de los antiguos miembros de la Sociedad Cubana de Filosofía, y otros amigos más recientes, consideraron llegado el momento de reanudar [8] las actividades filosóficas interrumpidas en Cuba. Los propósitos que los han animado son los mismos que mantuvo la entidad que se forjó en la patria: continuar la tradición filosófica que enriquecía nuestro pasado; mantener al día los estudios de estas disciplinas y estimular en los jóvenes la vocación por las ciencias fundamentales.

Ya constituidos en un organismo legalmente establecido, comenzamos nuestras sesiones públicas el 21 de mayo de 1977, iniciando la celebración de un ciclo de conferencias sobre el P. Félix Varela. Los motivos que nos indujeron a escoger la figura ejemplar de este hombre, eran realmente suasorios. En primer término, quisimos comenzar el recuento de nuestros valores filosóficos del pasado, y nadie mejor que el representado por «el primero que nos enseñó a pensar». Pero también había sido el primero en muchos otros aspectos: inició la pléyade de grandes desterrados que, por sus ideas separatistas, se vieron forzados a buscar en las playas extranjeras, la libertad para la expresión de su pensamiento. Fue por ello un forjador de la nacionalidad cubana y su ideario se unió al de los que, a lo largo de un siglo, lucharon hasta conseguir la independencia de Cuba.

Esta publicación, la primera, que lleva a cabo la Sociedad Cubana de Filosofía (Exilio), recoge los trabajos pronunciados sobre Varela en los primeros meses de su existencia. Deseamos continuar con el estudio de todos nuestros valores filosóficos del pasado, pues queremos que los jóvenes compatriotas que aquí crecen conozcan que existe una tradición gloriosa, que tuvo a la filosofía como fundamento de los ideales patrios,

pasado que debe equilibrar su actual formación en la que tan alto papel juegan las ciencias prácticas y la técnica.

Queremos reanudar nuestros contactos con las sociedades filosóficas del mundo, con las que en otro tiempo compartimos tareas importantes. A todos nuestros antiguos miembros y amigos les hacemos un llamamiento fraterno. Lleguen a ellos nuestros deseos de contar con su cooperación, que aprovechamos para enviarles, con el saludo de los que vuelven a la palestra filosófica en el exilio, por haber escogido la libertad.

M. G. T.

Breve historia

Entre las cosas ocurridas en Cuba el año 1945, se cuenta la creación de lo que, casi en seguida, iba a ser la Sociedad Cubana de Filosofía. Digo así porque, en realidad, ese año tuve la ocurrencia de proponer la creación de un organismo llamado *Grupo Filosófico de La Habana* compuesto por un reducido número de personas, entre las que se contaban los doctores Mercedes y Rosaura García Tudurí, Máximo Castro, Dionisio de Lara, Rafael García Bárcena, José María Velázquez, Horacio Abascal, Roberto Agramonte, Ildefonso Bernal, Jorge Mañach, Luis A. Baralt y tal vez alguien más. El mencionado *Grupo* dio a conocer sus propósitos en un modesto Boletín *ad-hoc*, mimeografiado, que se publicaba bimestralmente. Y se dio inmediatamente y con sana pasión a la tarea de restaurar en Cuba la otrora gloriosa actividad filosófica, a la cual tanto deben la independencia y la cultura de nuestra patria.

La acogida y el entusiasmo que despertó en nuestros círculos intelectuales esa novel e inusitada iniciativa en aquel momento, hizo que, apenas un año después, a propuesta del doctor Horacio Abascal, el *Grupo* se convirtiese en *Sociedad Cubana de Filosofía*, dotada del indispensable Reglamento y debidamente inscrita en el Registro de Asociaciones del Gobierno Provincial de La Habana. Este paso lo justificaba el hecho del crecimiento continuo de la organización, cuyos miembros aumentaron notoriamente en número, no ya sólo en la capital sino también en todas las provincias. En consecuencia, nos sentimos animados a llevar adelante los planes de esa restauración filosófica mediante el desarrollo de varias actividades que consideramos fundamentales. En primer lugar, [10] el contacto sostenido con instituciones y personas dedicadas al quehacer filosófico. De esta manera, se confeccionó un nutrido directorio que nos permitió ponernos en relación inmediata con Universidades, Sociedades y toda clase de organismos relacionados con la filosofía, y en contados meses pudimos disponer de la adecuada información que nos permitiese,

como así sucedió, dejar efectiva constancia de que en Cuba había renacido la inquietud filosófica, prácticamente inexistente desde fines del siglo pasado y reducida en la República a un escaso y monótono quehacer docente, incapaz de animar a nadie a perseverar en el campo del saber principal. Y en pocos años logramos contar con un importante volumen de correspondencia sostenida con figuras notables e instituciones consagradas al desarrollo de la filosofía. A esto contribuyó decisivamente la aparición de la *Revista Cubana de Filosofía*, creada por Rafael García Bárcena el mismo año en que surgió la Sociedad, la cual pasó a ser inmediatamente el órgano oficial de esta última. Mediante la susodicha *Revista* iniciamos y sostuvimos un fructífero canje tanto de publicaciones de este tipo como de libros y folletos que al cabo de los años constituían un sólido y eficaz testimonio de cuanto se había hecho a este respecto. La *Revista Cubana de Filosofía* dedicó sendos números extraordinarios a honrar a personalidades tan destacadas como Enrique José Varona, Renato Descartes, Francisco Romero y José Ortega y Gasset. Y con ella pudimos dar a conocer en el mundo entero cuál era, por entonces, el pensamiento cubano. Pues su circulación incluía Europa, todo el continente americano y hasta lugares tan distantes de Cuba como Australia, las islas Hawai y la India.

En segundo lugar, otra actividad que nuestra Sociedad desempeñó desde el comienzo y condujo a extraordinarios resultados fue el de mantener, año tras año, en forma de cursos regulares, la docencia filosófica, gratuita y libre. Dicha tarea comenzaba en octubre de cada año y concluía a fines de mayo del siguiente, exactamente como acontecía con la docencia secundaria y universitaria en Cuba. Al final, en un banquete anual de clausura de dichos cursos, se entregaban los certificados correspondientes a quienes lo habían merecido por su asiduidad y constancia. Labor que, sin exageración, puede calificarse de brillante, [11] tal como aconteció en aquellas memorables ocasiones en las que honraron nuestra tribuna hombres de la talla de Risieri Frondizi, José Ferrater Mora, Guillermo Francovich, Eduardo Nicol, Leopoldo Zea, Eduardo García Máynez, y tantos que contribuyeron decisivamente al renacimiento de la filosofía en nuestra tierra. Ocasiones hubo, y esto lo recordaremos siempre con profunda emoción, en que el salón de conferencias desbordaba de un público ansioso de escuchar la palabra autorizada de esa multitud de prominentes personalidades que, por la incesante gestión de la *Sociedad Cubana de Filosofía*, podían entonces incorporar a su itinerario de visitas a la patria por la cual hacíamos tan perseverante labor cultural.

Tampoco podía faltar, por supuesto, nuestra presencia en los Congresos de Filosofía, tanto en América como en Europa. La *Sociedad* se hizo sentir en los de New York (1947), México (1951), Chile (1954), Washington (1949), Bruselas (1953), Brasil (1954), Venecia (1958) y Buenos Aires (1959). Consumada la catástrofe cubana, desaparecida la *Sociedad*, sólo pudimos enviar algunas comunicaciones al de Costa Rica (1961) y al de Canadá

(1967). Pero nótese lo que supone y significa una labor tan constante para que Cuba no quedase ausente del mapa de la actividad filosófica mundial.

Otro aspecto que no descuidamos fue el de promover el desarrollo del interés filosófico en la juventud, y a este respecto se creó en la *Sociedad* la categoría de *Socio Estudiante*, con una módica cuota, lo cual hizo posible que multitud de jóvenes provenientes de nuestros centros de enseñanza se incorporasen a nuestro movimiento, y eran ellos los que, en notoria proporción, llenaban los salones en días de trabajo. Conjuntamente con esto se llevó a cabo la gestión para obtener becas para el estudio de la filosofía en el extranjero, y fue así como la señorita Victoria González Morillo pasó cuatro años en La Sorbona y obtuvo allí su doctorado en Filosofía. También por aquel momento se habían iniciado las gestiones para enviar otros dos estudiantes a Alemania.

Ya para la fecha de 1958 la *Sociedad Cubana de Filosofía* había adquirido no sólo la personalidad jurídica e intelectual a que le daba derecho su prolongado quehacer, sino, además, una acusada personalidad *moral*, porque éramos escuchados [12] y se nos solicitaba a veces por parte de otras acreditadas instituciones, como, por ejemplo, la *Unesco*, quien nos confió un ciclo de conferencias luego publicadas con el título general de *Filosofía y Sociedad*. También, por lo que tiene de gran significación, debo señalar que la Universidad de La Habana acometió en 1956 la revisión de sus planes de estudios filosóficos y decidió reincorporar a éstos la Metafísica y la Ontología, e incorporarle asimismo la Filosofía de la Historia, la Filosofía de la Cultura y la Axiología. Y es que nosotros, con gran respeto pero con evidente firmeza, habíamos actualizado en Cuba la filosofía contemporánea en sus diversas manifestaciones —existencialismo, filosofía de la vida, axiología, fenomenología, teoría del objeto, neotomismo, &c. O sea que trascendimos llamativamente aquel estrecho marco de un positivismo casi olvidado que aún trasuntaba el escaso acervo de la docencia filosófica predominante entonces.

Desde 1950 ya se sabía en casi todo el mundo que Cuba existía también filosóficamente, porque habíamos sabido procurarle esta otra dimensión cultural, mediante el articulado esfuerzo de un grupo de personas vocadas al saber principal. Sin provecho particular alguno, como no fuese el acrecentar continuamente el conocimiento filosófico, mantuvimos este ideal hasta que la barbarie desatada en nuestra patria dio al traste con dicha empresa, indudablemente patriótica. Por esto mismo, la *Enciclopedia de Cuba* (tomo VI) habla de nuestra labor a ese respecto, y dice que «entre 1940 y 1950, algunos hombres fervorosos, algunos de los cuales no carecían del heroísmo intelectual de nuestras mejores épocas, llevaron a cabo la *restauración* de la filosofía en Cuba». Nótese que se habla del «heroísmo intelectual de nuestras mejores épocas», es decir, de esa resuelta, resignada y humilde actitud de quienes —como sucede con nuestros mayores—, estaban convencidos de que todo cuanto llevaban a cabo era por la mayor gloria de Cuba.

Nada hicimos en provecho personal, ni remuneraciones de ninguna índole, ni tampoco esas ocultas intenciones que ponen por delante una tarea que degrada el fin a la calidad de medio. Simplemente, tal como la historia ya lo reconoce, ayudamos a escribir las páginas de una historia, como la nuestra, [13] pletórica de testimonios positivamente fecundos, pese a cuanto se intente probar en contrario.

Ahora, en el exilio, los sobrevivientes de aquella *Sociedad Cubana de Filosofía*, que durante dieciséis años mantuvo en alto el pabellón de tan noble quehacer intelectual, se agrupan en torno al recuerdo para ellos sagrado de lo que fue esencialmente vida propia, y con la generosidad y entusiasta cooperación de otros compatriotas, se disponen a continuar dicha empresa, porque ahora, en el amargo destierro, las instituciones cubanas han vuelto a desplegar su actividad en señal de que, con toda certeza, la tragedia cubana es algo pasajero, por lo que volverá a brillar allí el sol de la libertad. El destierro del pasado siglo echó a España de su colonial posesión cubana y dio a nuestra tierra el *status* de República libre y soberana. El actual destierro, aún más numeroso, mejor dotado en todos los órdenes, y saturado de patriótico fervor, echará de Cuba la tiranía castro-soviética. Por esto mismo, la renovación y puesta en marcha en el exilio de la *Sociedad Cubana de Filosofía* es, también, la inequívoca señal de su intensa cubanía, forjada allá y sostenida aquí por el ejemplo de Caballero, Varela, Luz, Saco y tantos que vieron en la filosofía, como lo vimos nosotros entonces y seguimos viéndolo ahora, el modo de acceder a lo fecundo, perdurable y glorioso de nuestra identidad nacional —Dios, patria, libertad.

H. P. LL.

Mensaje a la Sociedad Cubana de Filosofía

En este día en que reinicia sus actividades la Sociedad Cubana de Filosofía, yo quiero de alguna manera hacerme presente —ya que me ha sido imposible asistir, como hubiera sido mi mayor deseo— a través de estas palabras grabadas que les lleven a ustedes mi mensaje de aliento, mi mensaje de estímulo y de solidaridad con esa obra que la Sociedad Cubana de Filosofía reemprende ahora en el exilio.

En nuestra Patria hemos tenido, gracias a Dios, desde los comienzos de su nacionalidad, desde los albores en que surge nuestra Patria como pueblo, el desarrollo de una idea filosófica basada siempre en los principios cristianos.

Quizás el precursor fue precisamente un religioso, José Julián Parreño, sacerdote jesuita nacido en 1728 y que según el biógrafo Andrés Cavo, fue el primer filósofo cubano aunque desarrolló su actividad filosófica precisamente en México. Después los ya más

conocidos: el Padre José Agustín Caballero; el Padre Félix Varela, de quien todos tenemos noticia, porque se ha hecho ya de fama pudiéramos decir universal; don José de la Luz y Caballero, aquel gran maestro que nos dejó también en sus Aforismos normas de vida y de conducta tan preciosas, enseñándonos también con el ejemplo de su vida; José Antonio Saco, José María Mendive, hasta llegar a José Martí, que igualmente, a través de toda su obra, desarrolla un pensamiento basado siempre en principios de espiritualidad y en la creencia de que hay algo más que la materia; en principios de respeto a la dignidad del hombre, a los derechos humanos, a la dignidad humana del hombre como dijo Dios, [16] y en principios también de solidaridad, de amor, de unión de todos los hombres en un ideal común.

Después, nuestras tres primeras décadas del presente siglo, ya de la Cuba independiente, se distinguen por un descenso en la actividad filosófica, un vacío, pudiéramos decir. Y en la década del cuarenta comienza la Sociedad Cubana de Filosofía, que resucita una nueva etapa de mayor actividad en este aspecto, ya que el hecho más destacado en esa etapa es precisamente esa fundación de la Sociedad Cubana de Filosofía, la cual mantuvo una estrecha relación con filósofos europeos y americanos; editó libros y folletos, y sobre todo la **Revista Cubana de Filosofía**.

Todo esto fue interrumpido en el 1959, como tantas cosas en nuestra Patria que fueron cortadas en esa fecha nefasta. Pero ahora ha surgido la feliz idea de reiniciar las actividades de esta Sociedad.

Ahora en 1977, en el exilio, vemos surgir de nuevo la Sociedad Cubana de Filosofía con grandes esperanzas, porque ha de poner otra vez en actualidad, ha de llevar al pensamiento de nuestro pueblo exiliado que tanto lo necesita, esas mismas ideas que fueron las que nos dieron el ideal de nacionalidad; que fueron aquéllas sobre las que nuestros libertadores quisieron asentar nuestra independencia.

Yo me alegro infinitamente de esta idea y quiero prestar a ella mi mayor cooperación, aunque sea la más humilde. Y me alegro también de que renazca la Revista Cubana de Filosofía, interrumpida durante estos años y que ahora de nuevo ha de surgir, y ojalá esté en muchas manos, y ojalá sean muchos los que se nutran con los pensamientos que a través de ella deben llegar a nuestro pueblo.

Creo que es importantísima esta labor de formar fundamentalmente el pensamiento. Desgraciadamente descuidamos mucho este aspecto de nuestra lucha. Yo lo he repetido muchas veces, pero creo que no está de más repetirlo una más. Nos preocupamos quizás de la lucha de liberación de Cuba en otros aspectos y no nos damos cuenta de que la lucha de las ideas tiene que preceder a cualquier otro tipo de lucha, de que fue el propio Martí el

que nos dijo que «trincheras de ideas valen más que trincheras de piedras». Nos olvidamos de que se actúa como se piensa, [17] y de que si no ganamos el pensamiento de nuestro pueblo no podremos ganar su acción. En esto los marxistas nos dan un ejemplo que debemos imitar. Decía alguien que ellos se preocupan de llenar la mente, mientras nosotros nos preocupamos a veces sólo, en nuestros países libres, de llenar el estómago, o sea, del bienestar material.

Ojalá la Sociedad Cubana de Filosofía contribuya a formar esta conciencia nacional basada en principios firmes, en criterios claros y profundos que seguramente nos han de llevar a la consecución de una Patria verdaderamente libre, verdaderamente creyente, verdaderamente respetuosa de la dignidad y de todos los derechos humanos.

Reciba, pues, la Sociedad que renace mi saludo y mis mejores augurios para que pueda realizar una labor muy fecunda en el exilio, y en un futuro, cuando Dios quiera, otra vez en nuestra Patria.

Mons. Eduardo Boza Masvidal

Mercedes García-Tudurí

**El más original tratado de moral:
«Cartas a Elpidio» del Padre Félix Varela⁽¹⁾**

No siempre hemos contado a lo largo de la historia con pensadores excepcionales que hayan logrado esclarecer, y a veces conciliar, conceptos claves para la cultura de la época. En el siglo XIII, cuando la Civilización Occidental se debatía por encontrar el camino que ha llevado al hombre a las más altas cumbres del desarrollo humano, Santo Tomás de Aquino sentó principios que permitieron establecer los límites y la jerarquía entre razón y fe. Era indispensable la conciliación de ambos términos para la síntesis greco-romano-cristiana que componía la esencia cultural de Occidente.

Para nosotros, los hijos de este hemisferio, salvando tiempo y distancia, se repite la misma necesidad y se resuelve con feliz acierto, cuando el P. Félix Varela armoniza los conceptos de religión y libertad de conciencia al plantearse, dentro del nuevo orden democrático, la aparente oposición de ambos términos. Juan J. Remos expone, en afortunado juicio, la conformidad de ideas fundamentales, que no hace padecer en lo más mínimo la ortodoxia católica del Presbítero: «Varela, siendo sacerdote reconoció la verdad, y siendo filósofo reverenció la Divinidad».^{1} Nosotros podemos agregar que, junto a la verdad, reconoció igualmente la libertad, siguiendo el principio evangélico de que «Sólo la verdad nos hará libres». [20]

Hoy, ante el drama que vive el mundo, estamos más urgidos que nunca del esclarecimiento de conceptos sobre los cuales se asientan las ideologías que dividen nuestro planeta. Entre ellos están los derechos humanos, la libertad política, la propia democracia, el sistema totalitario, &c. Tan importante fue en los casos anteriores hacer que la definición substancial demostrara la conciliación de lo que parecía antinómico, como es necesario ahora que un análisis igualmente substancial ponga en evidencia la imposible conciliación de algunos de esos términos, cuya conformidad hace peligrar la seguridad de nuestra civilización.

La evocación de Varela nos lleva a lamentar la pobreza de pensadores que padecen en estos momentos los países del mundo libre, especialmente los que figuran como líderes de la democracia. Todo ello da lugar a la trágica falsificación de los regímenes políticos y a la confusión de los que siendo hombres libres, contribuyen a la desaparición de la libertad.

Supo Varela que el eje de la esencia humana, tanto en lo individual como en lo colectivo, estaba constituido por los valores éticos y que, por ello, las crisis históricas tienen siempre sus causas en quiebras morales. De ahí que quisiese prevenir a su pueblo de los fallos que lo podían amenazar, frustrando las esperanzas que alentaba respecto a la

libertad de Cuba. Es pues una prevención lo que lo guía a escribir, ante todo, este tratado que se llama «Cartas a Elpidio». Obra transida de preocupación y de desvelado amor por Cuba, que une a su originalidad filosófica, un indudable sentido de salvación.

El conflicto planteado por la filosofía enciclopedista entre libertad y religión, constituía un obstáculo muy grave para el progreso político de Cuba; al objeto de salvarlo dedica su mayor esfuerzo. Esto nos muestra lo orgánico del pensamiento filosófico de Varela, que apuntaba a tres metas concatenadas: la enseñanza, la moral y la política.

Caracterizaremos, pues, a Varela como un sacerdote católico de absoluta ortodoxia, que a la vez que un hombre de ideas liberales perfectamente definidas, era un filósofo de claro pensamiento que se encontraba al día en las disciplinas de su tiempo. Todo este acervo estaba puesto al servicio de Cuba.

Como sacerdote y como hombre se siente responsable ante Dios, ante su pueblo y ante sí mismo, [21] y el cumplimiento de esta triple responsabilidad marca la trayectoria de su vida. Siendo como las tres caras de un mismo prisma, ninguna de estas responsabilidades puede desconocer las otras dos. La que tiene ante su patria le acarreará múltiples problemas. Como se considera obligado a formar conciencia política en su pueblo, aceptará, contra su deseo, figurar en la vida pública y llevará a cabo esta misión con todas sus consecuencias. Perseguido encarnizadamente, buscará al fin asilo político en los Estados Unidos, donde permanecerá desterrado hasta su muerte.

No se considerará liberado de su responsabilidad por el hecho de estar a salvo su persona. Si no puede formar conciencia política entre sus compatriotas por medio de la palabra oral, lo hará por la palabra escrita. Dios y Cuba son los dos puntos fundamentales de su vida; a su servicio edita periódicos, publica libros, predica en inglés y en español incansablemente.

Si la moral constituye la piedra angular de la vida humana, Varela, como filósofo, busca la raíz más honda que la sustenta, y la encuentra en el límite en que lo metafísico se continúa en lo religioso, asidero necesario de la vida del hombre. Es en ese límite de nuestra intimidad donde descubre los tres monstruos que nos acechan. Para prevenirnos contra el ataque de la impiedad, la superstición y el fanatismo —los tres monstruos— elabora el contenido de «Cartas a Elpidio», obra que quedó desdichadamente inconclusa.^{2}

Al querer exponer en breves palabras la razón de ser de esta obra, nuestra indagación se ha planteado cuatro cuestiones íntimamente relacionadas, a las que seguirá una apreciación muy general del tratado.

La primera de dichas cuestiones girará alrededor de esta pregunta: ¿qué es lo que lleva a Varela a escribir este libro?

Ya lo dijimos antes en cierto modo, y él mismo lo indica en su breve prólogo: «Mi objeto no es exasperar, sino advertir».^{3} [22] Según José Ignacio Rodríguez, biógrafo de Varela, éste aspiró a que «Cartas a Elpidio» sirviera de oportuna y eficaz incitación a la juventud de su patria.^{4} Para nosotros, sin lugar a dudas, «Cartas a Elpidio» está dedicada al pueblo de Cuba, especialmente a la juventud, necesitada de guía. Sus prevenciones eran indispensables para que pudiera hacer uso correcto de la libertad.

A este tratado de «advertencia e incitación moral» debía de seguir, como él mismo expone, «un tratado polémico sobre esta importante materia».^{5} Nunca, que sepamos, llegó a escribir esta anunciada obra. Es comprensible tal actitud, puesto que tampoco «Cartas a Elpidio» pudo ser terminada.

La segunda cuestión que planteamos se refiere a la razón que tuvo el Presbítero para escoger el género epistolar. También en esta ocasión Varela se adelanta y nos dice que lo hace por amistad, que es bálsamo del desconsuelo, y porque la comunicación de ideas es el alivio de las almas sensibles; por otro lado, el género epistolar no es el más frecuente para escribir tratados de filosofía, porque las cartas tienen siempre un lenguaje más coloquial, más al alcance del hombre medio que cualquier otro género literario. Pero Varela no lo escogió en vano. Su intención era, justamente, que llegara al mayor número de personas posible.

El primer tomo, dedicado a la impiedad, se compone de seis cartas; el segundo, en que trata de la superstición, consta de cinco. De conformidad con los críticos, el primer libro es superior al segundo por su estilo y, particularmente, la carta número cuatro, por su alto contenido ideológico.^{6}

En la tercera cuestión nos preguntamos sobre la identidad del destinatario de «Cartas a Elpidio». ¿Quién es Elpidio, el amado corresponsal del Presbítero?

A nuestro juicio, la contestación se desprende del objetivo declarado por Varela para justificar el uso del género epistolar. Es incuestionable que este género es inusitado para una obra de esta clase, [23] a no ser que su objetivo —llegar a la mayoría del pueblo y ser fácilmente entendida por ella— justifique ese esfuerzo de concentrar en las figuras de tres monstruos toda la problemática moral del ser humano.

No consideramos, por eso, que la identificación de Elpidio sea una cuestión superflua, como algunos pretenden, porque su exacta aclaración nos permite conocer la intención del plan general que se trazó Varela en este libro. José Ignacio Rodríguez nos

dice que Elpidio pudo ser el discípulo de Varela José María Casal, o bien José de la Luz y Caballero, quien había publicado un comentario sobre las «Cartas» acerca de la impiedad en el «Diario de La Habana», el 29 de diciembre de 1835. Para Raimundo Lazo quizá fuera una figura simbólica, representativa de sus discípulos; pero este mismo crítico reconoce que hay pasajes que contradicen esta explicación, y acaba por estimar que Elpidio puede haber sido un personaje real, sin duda alguna uno de sus discípulos preferidos que vivían en Cuba.^{7}

Para nosotros, Elpidio representa al pueblo de Cuba, su patria, que con Dios, proclama como los objetivos fundamentales de su vida. A ese pueblo es al que quiere advertir, según él mismo dice, para que, al alcanzar su libertad, no caiga en los errores en que cayeron otros pueblos de América.

En estrecha relación con las anteriores, está la cuarta cuestión que proponemos: ¿por qué quedó inconcluso el tratado de filosofía moral? Sabemos que lo que se refiere al último monstruo, el fanatismo, no llegó nunca a publicarse, después de haber sido planeado en la obra general como un tercer libro.

Varela tiene el presentimiento de lo que va a ocurrir desde que publica el primer volumen. En el breve prólogo que lo acompaña advierte a los lectores: «quedarán inéditos el segundo y tercer tomos si por desgracia no tiene buena acogida el primero, y éste deberá entonces considerarse como una obra separada».^{8}

No obstante, del primero se hicieron dos ediciones seguidas, una en New York, en 1835 y otra en Madrid, en 1836. [24] Del segundo tomo sólo se conoce la edición de New York, de 1838.

En carta a Luz y Caballero de fecha 5 de junio de 1839, Varela le ruega encarecidamente que vea al Dr. Suárez, que al parecer estaba encargado de la distribución de la obra en Cuba, significándole la urgencia que tenía de pagar los gastos de la impresión. Al parecer, la venta de los dos primeros libros no logró el éxito que se esperaba, cosa estimada por algunos como la razón que tuvo el Presbítero para no publicar el mencionado tomo tercero de la serie, el dedicado al fanatismo.

En carta posterior de 23 de agosto dirigida también a Luz, Varela se lamenta del «desprecio con que han sido miradas mis «Cartas a Elpidio»», y se achaca la culpa a sí mismo, por haber creído que todavía tenía influjo sobre su pueblo, al que dedicaba sus momentos de reposo.

Ante este reproche justificado, el Comité Editor de las Obras de Varela, en la edición que lleva a cabo la Universidad de La Habana en 1944, nos dice con hondo sentido de

justicia y patriotismo: «No, el influjo de estas «Cartas a Elpidio», como el de la más pequeña hoja literaria de Varela, no fue quimérico: fueron una contribución preciadísima en el desarrollo de nuestras letras e ideas».^{9}

No obstante la creencia general de que únicamente por motivos económicos no pudo ver la luz el libro dedicado al fanatismo, hoy tenemos el testimonio de que hubo otras causas más definitivas. Alejandro Angulo Guridi sostiene dos entrevistas con Varela, tres años antes de su muerte, las que vieron la luz mucho tiempo después, y dice que al preguntarle la razón de por qué no terminó «Cartas a Elpidio», le contestó, rogándole antes que no hiciera público lo que le iba a decir hasta después de su muerte, advirtiéndole que él iba a ser el único depositario de un secreto penoso y de muchos años: «En esas cartas, yo me propuse —dice Varela— combatir una errónea creencia relativa a este país. Mis compatriotas creen que aquí existe una completa tolerancia religiosa, lo que no es verdad... Pues porque yo empecé a combatir ese error, mis paisanos se desagradaron, [25] y lo supe por varios conductos. Me censuraron por eso... ¿A qué pues continuar con mis «Cartas a Elpidio»? Me hirieron, señor, me hirieron mis compatriotas, cuando con muy sana intención hacia ellos comencé aquella obrita.»^{10}

Nos explicamos ahora el golpe que debió ser para Varela la censura de aquellos a quienes iban dirigidos sus esfuerzos. La admiración casi ilimitada que había inspirado esta nación a la mayoría de los latinoamericanos que la consideraron como el país que era cuna y modelo de las libertades humanas, les impedía aceptar los juicios de Varela, que se debatía con muchas dificultades en el campo religioso de las diócesis de New York, Filadelfia y San Agustín. En aquel tiempo el catolicismo era muy limitado en los Estados Unidos y «prácticamente todo el territorio de la Unión Norteamericana era tierra de misiones».^{11}

Ya sabemos, pues, la razón verdadera por la cual quedó inconcluso el tratado moral «Cartas a Elpidio». Entonces como ahora, algunos de aquellos a quienes va dedicado un beneficio, son los primeros que niegan, sin conocimiento de causa, a sus benefactores. Tenía razón Félix Varela, la tolerancia religiosa en este país estaba muy lejos de la idealización de los que no veían más que lo que querían ver. En esta entrevista, el propio Padre Varela le pone al entrevistador Angulo Guridi un ejemplo elocuente de dicha intolerancia. Pero el periodista, que también era de los que creían que este pueblo era un dechado de perfección, y a pesar de la admiración por Varela, no acepta su opinión sobre la tolerancia religiosa, y escribe al final de su crónica: «Iba yo repitiendo para conmigo las últimas palabras del virtuoso Varela, y pensé esto: ¡Cómo le ofusca su celo religioso!»^{12}

Si no se publicó el tercer tomo, ¿se llegó por lo menos a escribir? Algunos críticos creen que tampoco se llegó a escribir. [26] A nuestro modo de ver, tuvo que ser

necesariamente planeado y concebido, pues la obra en general era un todo orgánico y no una mera adición de partes diferentes.

José Ignacio Rodríguez reproduce la opinión de Juan Manuel Valeriano, discípulo de Varela, que oyó decir que el tercer tomo no llegó a publicarse porque Varela se figuró que no habían sido bien recibidos los dos primeros.^{13}

Para que veamos hasta qué punto no era Varela un ofuscado, sino que, junto a su puro amor por Cuba sentía devoción por este país, veamos un párrafo que en el segundo volumen, el dedicado a la superstición, nos da la verdadera imagen de sus sentimientos de lealtad, no obstante las justas críticas que hacía a ciertos aspectos de las libertades norteamericanas. Dirigiéndose a Elpidio (pág. 108), su amado corresponsal, dice: «Yo soy en el afecto un natural de este país —los Estados Unidos— aunque no soy ciudadano ni lo seré jamás por haber formado una firme resolución de no serlo de país alguno de la tierra desde que circunstancias que no ignoras me separaron de mi patria. No pienso volver a ella, pero creo deberle un tributo de cariño y de respeto, no uniéndome a otra alguna.»

Examinadas las cuatro cuestiones alrededor del tratado «Cartas a Elpidio», lamentamos la no existencia del tercer volumen dado que el monstruo representado por el fanatismo es el resultado de los dos precedentes. Nunca como ahora ese gigante perverso del alma humana ha hecho tanto daño a la humanidad, especialmente en el orden político. La impiedad, engendrada por «el odio humano a Dios», como dice Humberto Piñera en el Prólogo a la edición de las obras del Presbítero realizada por la Universidad de La Habana en 1944, puede manifestarse en tres formas: por los que niegan la existencia de Dios; por los que la admiten, pero supeditada a sus caprichos e ideas; y por los que, aceptándola, se niegan a acatarla. Otra afirmación importante que se hace en este libro es que la impiedad destruye la confianza en los pueblos y sirve de apoyo al despotismo. ¿Por qué el hombre desconoce o niega la autoridad del Ser a quien lo debe todo? [27] Al examinar las causas de la impiedad considera Varela que pueden encontrarse en el corazón y en el entendimiento humanos y aclara que hay dos clases de impíos, los que lo son por convicción y los que lo son aparentemente.

En cuanto a los puntos fundamentales del libro dedicado a la superstición hace afirmaciones tan importantes como la de que «el hombre debe tener un conocimiento exacto de su Creador como base de su religión», para decir más adelante «así la religión ha de ser inalterable, en tanto la pluralidad de religiones es un absurdo filosófico». Por todo ello, «La superstición consiste en adorar una fingida divinidad o tributar un culto absurdo a la verdadera». Y asegura con penetrante sentido: «La tolerancia es una medida de paz, pero también de división».

Los críticos han querido caracterizar esta obra vareliana y Piñera se pregunta: «¿Qué son en realidad las «Cartas a Elpidio»?», para contestarse seguidamente: «Sin duda un ensayo de fundamentación de la vida moral sobre la base de la creencia en la religión revelada y el consiguiente acatamiento al principio de autoridad que la misma representa. Podría, pues, denominarse con cierta reserva un tratado de ética teológica.»^{14}

Nosotros estimamos que el carácter de ese tratado conviene con lo que Varela consideraba necesario: que la moral tiene su fundamento en la teología, ya que no son dos compartimentos separados de la cultura, sino la continuación lógica de la primera respecto a la segunda.

¿Cuál es el estilo de este original tratado de moral? El estilo ha merecido alabanzas y censuras de parte de sus comentaristas y críticos. Raimundo Lazo, en el Epílogo de esa ya citada edición de la Universidad de La Habana, dice que la obra de Varela, llena de méritos artísticos e ideológicos «debe ser juzgada de acuerdo con su tiempo».^{15} Nosotros, no obstante, consideramos que el contenido y el tratamiento filosófico de «Cartas a Elpidio» supera su tiempo, y sigue vigente en sus grandes afirmaciones. Lejos de ser una «obra tardía y anacrónica», como la considera el mismo crítico, tiene sentido perenne, puesto que los tres monstruos de que trata, [28] no son enemigos del hombre de aquellos tiempos solamente, sino que a todos los hombres amenazan en todos los momentos.

«De los dos libros, se ha considerado el primero, el referente a la impiedad, el de estilo más enérgico, comunicativo y pintoresco, sobresaliendo en él el valor ideológico», dice Lazo en el citado Epílogo.^{16} Más adelante agrega en relación al segundo libro, el dedicado a la superstición: «Hay un plan análogo al del libro primero... El escritor luce menos espontáneo, variado y pintoresco y de estilo más laborioso y discursivo. Parece como si en el libro sobre la impiedad pesaran más las ideas generales, y en el dedicado a la superstición, el recuento de las experiencias personales; pero el espíritu de ambos es el mismo...»^{17}

Lazo compara a Varela con Feijoo, pero lo considera superior en varios aspectos,^{18} agregando finalmente: «Es, en fin, el primer moralista de su país cronológicamente, uno de los primeros por su valor literario y filosófico...»^{19}

Diremos finalmente que sus juicios constituyen muchas veces verdaderos aforismos, dignos de ser recogidos en un volumen aparte. Los siguientes ejemplos confirman nuestra aseveración:

«El impío es hombre del momento, mas el justo es hombre de eternidad» (Libro I, pág. 24).

«Los dos santos principios de la felicidad Humana, la justa libertad y la religión sublime, están en perfecta armonía y son inseparables» (Libro I, pág. 31).

«La Iglesia no puede defender el despotismo, puesto que ha llevado a los altares a quienes lo censuran y atacan» (Libro I, pág. 47).

Se espanta el Presbítero ante el cuadro social y político que siembran la impiedad, la superstición y el fanatismo, de ahí su empeño en preparar al pueblo de Cuba para el disfrute de la verdadera libertad, razón por la que escribiera esta obra singular. Pensó, con razón siempre vigente, que sólo un pueblo virtuoso [29] puede ser efectivamente libre y efectivamente dichoso. De ahí que dijera con firmeza ejemplar «que el cristianismo y la libertad son inseparables (Libro I, pág. 62) y ratificara más adelante «...que el cristianismo es irreconciliable con la tiranía» (Libro I, pág. 63).

Mercedes García-Tudurí

-
- {*} Conferencia pronunciada por la Dra. Mercedes García-Tudurí en la sesión inaugural de la Sociedad Cubana de Filosofía (Exilio), el 21 de mayo de 1977, en el salón de actos de Biscayne College en Miami, Florida, U.S.A.
- {1} Juan J. Remos. *Historia de la Literatura Cubana*. II Tomo. Ed. Mnemosyne Publishing Co., Inc. Miami, Florida. Primera edición. La Habana, 1945.
- {2} Félix Varela. *Cartas a Elpidio*. De los tres tomos que debían de constituir la obra, el primero, dedicado a la *Impiedad*, fue publicado en New York en 1835, en la Imprenta de Don Guillermo Newell. El segundo, sobre la *Superstición*, en la Imprenta de G. P. Scoat y Cia., también en New York, en 1838. El tercer tomo, que iba a ser dedicado al *Fanatismo*, nunca vio la luz.
- {3} *Ibid.* Tomo I. «Prólogo», pág. II.
- {4} José Ignacio Rodríguez. *Vida del Presbítero Félix Varela*. New York, 1876.
- {5} Félix Varela. Ob. cit., pág. II.
- {6} Raimundo Lazo. «Epílogo: El Padre Varela» y las «Cartas a Elpidio», pág. VIII. Edición de «*Cartas a Elpidio*». Universidad de La Habana, 1944.
- {7} *Ibid.* pág. XIV.
- {8} Félix Varela, ob. cit., «Prólogo», pág. II.

- {9} Comité Editor de las «Cartas a Elpidio». «Al Lector», Tomo I, págs. VII, VIII y IX. Biblioteca de Autores Cubanos. Obras de Félix Varela y Morales. Editorial de la Universidad de La Habana, 1944.
- {10} Alejandro Angulo Guridi. «Dos entrevistas con el Presbítero D. Félix Varela». *El Figaro*, Vol. XX, No. 28, 1904, pág. 350. Deseamos aprovechar esta oportunidad para darle las gracias a la Dra. Ana Rosa Núñez, profesora y bibliotecaria de la Universidad de Miami, destacada investigadora de la obra del P. Varela, por habernos facilitado esta valiosa información, con la que se aclara un punto muy debatido en referencia a las «Cartas a Elpidio».
- {11} Joseph and Helen Mc Gadden. *Father Varela. Torch Bearer from Cuba*. Monograph Series XXVII. United States Catholic Historical Society. New York, 1969, pág. VIII.
- {12} Alejandro Angulo Guridi, ob. cit.
- {13} José Ignacio Rodríguez. Ob. cit., pág. 296.
- {14} Humberto Piñera. Introducción a las «*Cartas a Elpidio*». Ed. Universidad de La Habana, 1944.
- {15} Raimundo Lazo. «Epílogo», ob. cit. pág. XI.
- {16} *Ibid.*, pág. VIII.
- {17} *Ibid.*, pág. XII.
- {18} *Ibid.*, pág. XIV.
- {19} *Ibid.*, pág. XIV.

José Sánchez-Boudy

El Padre Varela: Patria, Independencia y Derechos Humanos

Tienen los grandes hombres ese don de dar fortaleza a los pueblos en los momentos calamitosos. Y es por eso que la figura señera del Presbítero Félix Varela nos trae hoy muchas de las respuestas que buscamos y que él encontró cuando como nosotros luchaba por la libertad de su *patria*. Digo y uso la palabra a sabiendas, por la libertad de su *patria*. Una de las Manifestaciones más terribles del pesimismo cubano fue aquella que llevó, a Jorge Mañach, a decir que los males de Cuba se debían a que seguía siendo un *pueblo* y no se había constituido en *nación*. Olvidaba la diferencia entre pueblo y nación y se dejaba embaucar por ese elemento individualista que, a pesar de su virulencia, no ha podido, por ejemplo, destruir el concepto español de patria. Si el pueblo es el germen inicial de donde surge la nación, cuando los componentes de sus células se unen en un destino común, la patria es la sublimación de la nación, su signo objetivo. La nación es, pues, un concepto jurídico unido a un sentir: la patria. Un concepto que había cuajado ya en los tiempos de Félix Varela. Por eso, a través de todo *El Habanero*,^{1} siempre la palabra «patria» está presente cuando el hombre, que al decir de Luz y Caballero, nos enseñó a pensar, hablaba de Cuba. Ahí están esas palabras en que fustigó a los traficantes del patriotismo: «La Patria —y escribía la palabra con mayúscula— a nadie debe, todos sus hijos le deben sus servicios. Cuando se presentan [32] méritos patrióticos es para hacer ver que se han cumplido unas obligaciones. Ésta debe ser la máxima de un patriota. Un espectador viene por su paga; pídale en efectivo como un mercenario, désele, y vaya en paz. ¡Cuántas veces se les oye decir que están arrepentidos de haber hecho servicios a la Patria, y que si hubieran consultado mejor sus intereses hubieran sido sus enemigos: Estos viles confunden siempre la patria con el gobierno, y si esto no les premia (merezcan o no el premio) aquello nada vale.» ¡La patria siempre! Nunca la menor duda de que su pueblo era una nación. Una patria. Dice, por lo tanto: «Si el enemigo de la Patria —con mayúscula— les paga mejor ... (En *Máscaras políticas*).»^{2} Pudiera yo vaticinar a mi patria días más felices ... (En *Consideraciones sobre el estado actual de la isla de Cuba*);^{3} «La Patria —de nuevo con mayúscula— sólo es para los enemigos de la sociedad.» «Que los especuladores políticos aparentan que sólo viven por la patria.» (Las dos últimas citas son de *Sociedades secretas en la isla de Cuba*).^{4}

La patria pues, siempre, como un mentís a la tesis mentada que hoy he visto repetir en el exilio, sobre todo entre los más jóvenes que tratan, con avidez, de encontrar una respuesta al infierno que nos ha caído, y que los ha sacado de su tierra para extranjeras patrias: de que somos pueblo y no nación.

Este sentimiento de patria hizo que Félix Varela buscara desde siempre la independencia de su patria aunque, espíritu previsor como el de Saco, tratara, primero, de extraer de los acontecimientos el máximo beneficio en busca de tal evento y pensara que los acontecimientos políticos de España —con el liberalismo a la cabeza de la nación— llevarían a dar la libertad a Cuba y a reconocer el de las otras colonias ya emancipadas del yugo español.^{5} Con respecto a Cuba hubo visión de estadista. Y, también, en el caso de las naciones del Continente. Cuando analizó el caso de la independencia como delegado a las Cortes, indicó a España lo que iba a ser política inglesa. [33] Que lo importante para España, aparte de los lazos de espiritualidad que la debían unir siempre a sus colonias y éstas a ella, era la conservación del comercio con las colonias. Se paliaba así la humillación de la derrota española en el Nuevo Mundo con un pragmatismo genial, el mismo que mostró buscando nuestra independencia por la vía constitucional. Veía el futuro. Sabía que para los grandes imperios mercantiles que regirían el Mundo, lo importante no eran los principios sino el negocio. Tenía Varela ojo de zahorí.

El libro que hace poco vio el mercado y que todos conocemos: *Religión y Política en la Cuba del siglo XIX*,^{6} de el ex-diplomático e historiador Miguel Figueroa y Miranda, arroja nuevos datos sobre el verdadero pensamiento de Varela, en cuanto a la independencia de Cuba, pues al indicar que el Obispo Espada, al parecer, tuvo fuertes inclinaciones independentistas, es fácil colegir que a ambos hombres, a Espada y a Varela, los unía el fervor por la libertad de los pueblos. Ello hace ver que más que decepción ante el liberalismo, que no dio a Cuba las libertades que reclamaba para los españoles, la publicación de *El Habanero* fue sólo un cambio de técnica y no de sentimiento y que el pensamiento de Varela, fue siempre independentista.

Es más, no es aventurado decir que en «las lecciones de Derecho Constitucional» que Varela pronunció, nombrado por el Obispo Espada, se preparaba el rompimiento de Cuba con la madre patria. Y digo esto porque los acontecimientos cubanos de aquel momento, sólo necesitaban un impulso para que Cuba fuese completamente libre; que se formase una de aquellas juntas que se convirtieron, como en la Argentina, en el núcleo de la libertad de los pueblos sudamericanos.

Un repaso al estado político prevaleciente en Cuba creo que da mucha base a lo que aquí expongo. En efecto, el historiador Figueroa ha podido, pues, escribir, al referirse a una de las enconadas luchas que tuvo que sostener Espada en Cuba: «En resumen se acusa a Espada y a sus facciones» de liberales exaltados que para mejor llevar a cabo sus fines introdujeron y propagaron la masonería en Cuba; [34] que conspiraron activamente por la independencia de la Isla; y que gracias a la enorme influencia política del Obispo, al ascendiente que tenía en las logias y al soborno, logró en repetidas ocasiones que fuesen elegidos Diputados a Cortes O'Gaban, Benítez, Zayas, Valle, Santos Suárez, Félix Varela y

Gener, todos ellos «facciosos» de Espada, masones y partidarios de la independencia de Cuba.⁽⁷⁾

Para que se siga viendo el ambiente político de la época dibujado en las líneas mentadas transcribo de *Los grandes movimientos políticos cubanos, Movimientos anteriores a 1868* por Manuel Bisbé, Cuadernos de Historia Habanera, La Habana, 1943, pág. 6 y siguientes: «Lo primero que fracasó en Cuba, a pesar de los esfuerzos de Someruelos, que entonces gobernaba la Isla y de Arango y Parreño, fue la constitución de una junta, como las demás que se crearon en las demás colonias de América, a semejanza de la de Sevilla.» Las juntas que, como sabemos, dieron la libertad a América, como he dicho arriba, dan la agitación política prevaleciente. Y es de señalar aquí el papel que en la libertad de Cuba, jugó Arango y Parreño y que no ha sido debidamente estudiado porque se le tiene por leal español. Lo mismo que se dijo de Varela por el hecho de ir a las Cortes. Pero no podía ser muy leal español Varela, el que utilizó, de acuerdo con el Obispo Espada, su cátedra de «Constitución» para adoctrinar en la libertad a un pueblo.

El punto de partida de los que creen a Parreño leal a España fue el hecho de que le dijera a Someruelos que no creara las juntas antes de tener el apoyo de 200 notables de la Isla. Se dice que con el pedimiento las eliminó antes de nacer. Pero tal pensamiento es falso. Lo que sucede es que tanto Varela, Saco y Arango y Parreño, en este caso, fueron hombres de un gran pragmatismo político y grandes conocedores de la situación de su pueblo. Pedir en aquel momento las juntas sin que ellas contaran con el apoyo de los notables era condenarlas al fracaso. El país estaba dominado, entre otros, por los comerciantes. Tenían éstos poder de decisión. La creación de las juntas los hubiera puesto en minoría. Y no hubieran aceptado. [35] Hay que darse cuenta del papel que el elemento económico jugaba en aquellos días. Era vital. Un estudio de la constitución de la junta argentina, verbigracia, bien lo demuestra. Bien lo demuestra la constitución económica de entonces en Cuba. Parreño tenía, pues, los pies en la tierra.

Por qué no vamos a pensar, dado lo narrado, que los cubanos, después de oír las enseñanzas de Varela no iban a pedir reformas. Hubiesen pedido libertad. Y eso lo sabía Varela, sabía lo que inyectaba a sus compatriotas cuando tituló su cátedra: *Cátedra de la libertad y de los derechos del hombre*. Yo creo que nada mejor, aparte de lo que dejo dicho, que esto que transcribo del estudio anterior de Bisbé: «Un periódico de la época —*El Mercurio Cívico*—, instaba a los soldados de la guarnición a que escucharan las explicaciones del padre Varela, porque decía «El soldado instruido es el defensor de los derechos del pueblo y de la égida de las constituciones». Prueba al canto del impacto de sus exposiciones.»

Fue siempre, por lo tanto, nuestro gran hombre un independentista. No llegó a él como dice el autor de las citas anteriores, desde el Reformismo. No; el Independentismo

era su formación aunque tratara, como Saco, de lograrlo a través de medidas no cruentas. Cuando no pudo ser, se lanzó a proclamar el logro de la independencia por el camino armado.

Una creencia muy generalizada contraria a nuestro aserto es que en Cuba no había una nación que pensase en un levantamiento armado; que la única clase social en realidad existente era la rica: la de los dueños de Ingenios. Que el resto de la población cubana vegetaba miserablemente en oficios diversos.

Que, por lo tanto, Varela no podía haber soñado con un Ideal independentista desde que regentaba la cátedra de constitución. Tal idea se da de cachetes por el hecho de que en la era en que Varela levanta su voz a favor de los derechos del hombre y del ciudadano, las conspiraciones buscando la libertad de nuestra patria estaban rampantes en Cuba como evidencian «la de Francisco Agüero Velasco»; «la de La Cadena» en Camagüey; y la de «Los Rayos y Soles de Bolívar» que era de gran magnitud porque tenía ramificaciones en cuatro provincias. En 1824 se levanta contra España Gaspar A. Rodríguez. [36] El «Águila Negra» de 1828 fue otra de las conspiraciones de la época. En esta atmósfera ya se sabe la impresión que tenía que producir las enseñanzas del Padre Varela, al hablar de derechos individuales y del derecho de los pueblos, en una época en que toda América los invocaba en la lucha contra el poder español; en que Cuba era un fermento.

Hay que ver que el Padre Varela en aquellas lecciones, manejó todos los conceptos que desde la «Revolución francesa» habían sido el acicate de todas las revoluciones contra el poder de las metrópolis o de los Reyes: El pueblo, como depositario de la soberanía; de poder constituyente; y sólo la ley como poder al que había que acatar.

Un punto poco visto en estas lecciones de Varela es que él asentó en Cuba la doctrina de los derechos individuales en forma tal que ella ha sido la constante que nuestro pueblo ha seguido en su desenvolvimiento histórico. En defensa de ellos el pueblo de Cuba lo ha arrostrado todo. Pero es más: En Varela la forma republicana de gobierno nos fue inculcada de tal manera que nunca tuvimos dudas sobre qué derrotero seguir en la libertad. Otros pueblos titubearon aferrándose a sistemas políticos caducos. Por ejemplo, el pueblo argentino una vez libre, pensó en la monarquía y seguía buscando un rey. Otro ejemplo: Cuando América Central se liberta, se une a la monarquía mejicana de Itúrbide. Esta unión implica que en estos países había un sentido federalista y no uno definido de patria como en Cuba, gracias a Varela.

Cuba, sin embargo, busca ávidamente la república. Es que teníamos pegado el gran ejemplo constitucional de los Estados Unidos. Bastaba mirar a 90 millas para ver cómo fructificaban las enseñanzas de Varela.

Y termino indicando otra de las grandes conquistas de Varela: la que hizo que en nuestras clases dirigentes pesaran más los derechos individuales que lo económico. Casi siempre éstos han promovido la independencia de la América Hispana aunque se gritasen al mismo tiempo, con fervor y convencimiento, los derechos individuales. En Cuba no sucedió así: Si bien Arango y Parreño pensó en lo económico cuando con la libertad de comercio logra dar entrada al poder a los cubanos al crear una nueva clase económica y fortalecer la criolla ya existente, [37] Varela insufla en ésta que antes que lo económico están los derechos del hombre y del ciudadano. En forma tal que nuestros patricios, cuando van a la guerra en 1868, queman sus riquezas y dan libertad a sus esclavos.

La guerra se hizo a tizón y machete. Cuba, como bien se indica en el libro del Dr. Ramón Infiesta, Derecho Constitucional, quedó hecha una tabla rasa. Es que el hombre estaba sobre las riquezas. Ésa, señores, con las otras, es la contribución señera del Padre Varela a nuestra historia patria.

José Sánchez-Boudy

- {1} Félix Varela Morales, *El Habanero*, Madrid, 1974. Las referencias al Habanero son de esta edición.
- {2} Pág. 4 y siguientes.
- {3} Pág. 14 y siguientes.
- {4} Pág. 23 y siguientes.
- {5} Varela no fue primero reformista y, más tarde, independentista.
- {6} Ediciones Universal, Miami, Florida. 1975, pág. 114.
- {7} En el libro citado, pág. 170.

Elio Alba Buffill

Un paralelo entre dos fundadores: Varela y Varona

El título de este trabajo pudiera producir *a priori*, una reacción un tanto escéptica. Quizás pueda pensarse que es difícil encontrar aproximaciones entre el devoto sacerdote y el filósofo positivista. Sin embargo, creemos que si nos despojamos de opiniones preconcebidas y nos dedicamos a estudiar a los dos hombres: Félix Varela y Morales y Enrique José Varona y Pera, llegaremos a encontrar, pese a diferencias de criterio que indudablemente los separaban, afinidades que los unían y que iban más allá de su esencia de genuinos patriotas, aunque ya eso de por sí constituye una importante analogía. A lograr ese propósito va encaminado este trabajo.

En el célebre discurso^{1} que Enrique José Varona pronunció en la histórica ocasión en que los restos de Félix Varela Morales fueron depositados en el Aula Magna de la Universidad de La Habana el 19 de noviembre de 1911, Varona analizó la grandeza de Varela desde tres aspectos fundamentales de su vida: el filósofo, el educador y el patriota. Este discurso tiene gran significación no sólo porque nos prueba la altísima opinión que el filósofo camagüeyano tenía sobre el autor de *Cartas a Elpidio*, sino porque, además, todo paralelo que se intente entre esos dos grandes de la patria cubana ha de tener necesariamente que incidir en dichas tres facetas de sus vidas. [40]

Varela y Varona fueron dos grandes renovadores de los estudios filosóficos en Cuba, aportaron innovaciones sustanciales en el campo de la educación a pesar de que las circunstancias históricas fueron más propicias a Varona para poder plasmar de una manera más directa sus reformas pedagógicas y ambos son ejemplos de fecunda dedicación al mejoramiento de las condiciones de vida de su pueblo.

Tanto Varela como Varona produjeron una obra filosófica de amplitud y rigurosidad metódica. Baste mencionar las *Instituciones de Filosofía Ecléctica*, las *Lecciones de Filosofía*, la *Miscelánea Filosófica*, los famosos *Elencos* y sus *Apuntes filosóficos* para comprender la importancia de la obra de Varela. En cuanto a Varona, no sólo hay que referirse a sus conocidísimas *Conferencias filosóficas* en donde hace la más clara y amplia exposición de las ideas positivistas en la América Hispana sino también a los estudios filosóficos sueltos, muchos de los cuales publicó con anterioridad a dictar sus cursos de filosofía de los mil ochocientos ochenta y recogió posteriormente en su libro *Estudios literarios y filosóficos*. A su obra filosófica hay que añadir también, como apuntó Medardo Vitier, su libro *Con el eslabón*.^{2}

Varela representó una aportación sustancial a la gran tradición filosófica cubana; tradición que tiene su punto de partida en la labor que llevó a cabo el Padre José Agustín Caballero a quien su sobrino, José de la Luz y Caballero, otra de nuestras grandes figuras, le reconoció el mérito de haber hecho resonar en las aulas cubanas las doctrinas de Locke, Condillac, Verulamio y Newton y cuyo aporte al movimiento que pretendió la superación de la desvitalizada escolástica en el campo de la filosofía cubana, ha sido subrayado contemporáneamente por Humberto Piñera Llera.^{3} Desde la propia cátedra del Padre Caballero, en el prestigioso Seminario San Carlos, Varela, con mayor preparación filosófica que aquél, realizó un sustancial replanteamiento de las investigaciones y enseñanzas filosóficas en la Isla, [41] lo que ha llevado a la crítica a calificarlo de verdadero organizador de los estudios filosóficos en Cuba.^{4}

Las fuentes de Varela son fundamentalmente, además de Descartes, el empirismo de Locke y más esencialmente el sensualismo de Condillac aunque en él hay matices que apuntan a Destutt de Tracy y Laromiguière. La mera relación de sus fuentes inspiradoras nos muestra claramente la filiación de Varela a ciertas corrientes renovadoras de la filosofía que parten del empirismo y sensualismo y que continúan con el movimiento filosófico que a principios del siglo XIX hubo de denominarse la Ideología. Estas corrientes son las que después van a nutrir al movimiento positivista al que Enrique José Varona se afilia. Recuérdese que si bien el positivismo es realmente fundado por Augusto Comte, es innegable que sus antecedentes están en el empirismo moderno de Locke. Claro que hay que agregar que en cuanto a las repercusiones del positivismo en el campo filosófico se debe hacer, como he sostenido en otra ocasión,^{5} sustanciales salvedades.

He ahí la primera aproximación de estos dos grandes filósofos cubanos; sin embargo, es pertinente señalar una distinción muy esencial, pues si bien en Varela su preocupación científica, su interés en los métodos reflexivos, su repudio al acatamiento excesivo a la autoridad, en fin, su simpatía por la experimentación, lo sitúan dentro de estas corrientes renovadoras, su afiliación no es absoluta. Varela aprovecha todos los postulados metodológicos para propender y difundir ese mayor conocimiento a que siempre aspiraba, pero esto no lo llevó a liberar su mente de un reconocimiento a la existencia de una autoridad sobrenatural. Varela se desvió de la escuela ideológica y de todas las corrientes filosóficas en que dicha escuela se integra, en todo lo que se refería a las bases espirituales de su concepción del universo y de la vida, es decir, en todo aquello que afectaba su fe religiosa, [42] cuya ortodoxia mantuvo no sólo en toda su obra escrita sino en un apostolado vital que subrayó para la historia con la reafirmación de sus creencias en el instante de su muerte. En resumen, que como se ha dicho, Varela distinguió claramente entre filosofía y teología.^{6}

Esta ortodoxia del Padre Varela ha sido objeto de infundados ataques y ha tenido que ser defendida, como ha señalado Rosaura García Tudurí,^{7} por Monseñor Eduardo Martínez Dalmau y el Padre Gustavo Amigó. Recientemente, Joseph y Hellen McCadden han publicado un bien documentado libro titulado *Father Varela, Torch Bearer from Cuba*^{8} en el que se subraya la labor apostólica de éste en los Estados Unidos. En un breve pero sustancial prólogo de dicho libro, Monseñor Raúl del Valle ha precisado muy nítidamente la esencia de la posición religiosa de Varela cuando afirmó: «En sus ideas filosóficas y políticas, en su pensamiento teológico y social, y en sus métodos de apostolado, el Padre Varela fue un genuino precursor del movimiento de renovación católica del siglo XX, que ha culminado felizmente en el Concilio Vaticano II y en el movimiento ecuménico que anima la Iglesia en nuestros días.»^{9}

Pero hecha esta salvedad necesaria entremos, para subrayar la afinidad antes apuntada, a determinar las fuentes de Varela analizando la evaluación que la crítica ha hecho de las mismas. Ya en el célebre discurso de José Manuel Mestre de 22 de septiembre de 1861 célebre titulado «De la filosofía en La Habana»,^{10} el destacado profesor de la Universidad Nacional indicó la importancia de Varela como propagador de las ideas de Descartes y subrayó el empleo que nuestro filósofo hizo del método cartesiano. En 1955, Rosaura García Tudurí dedicó un medular estudio a esta materia en el que, [43] partiendo de las pesquisas de Descartes: la Ontológica, la Gnoseológica y la Metodológica, evaluó con rigor y método hasta qué punto participó Varela en los resultados de dichas pesquisas cartesianas, deteniéndose en las aproximaciones y diferencias de Varela con el gran autor de El Discurso del método. Véase como definió la doctora García Tudurí el resultado de su análisis:

«Sintetizando todo lo antes expuesto, podríamos situar a Varela dentro de la corriente moderna del pensamiento en el siglo XIX, asumiendo una actitud personal de cierta originalidad. En primer término es un cartesiano en cuanto al método, pero no en cuanto a la posición idealista de la doctrina.»^{11}

En el discurso de Varona de 1911 a que aludí al principio, este destacó la influencia en Varela de Descartes y señaló como otras fuentes los filósofos ingleses Locke y Reid y al francés Condillac de quien subrayó la honda huella que dejó en la enseñanza francesa y la repercusión que esta enseñanza tuvo en los países de habla hispana. Varona alude al hecho de que, la obra de la primera etapa de Varela no revela familiaridad alguna con las escuelas alemanas y que hay que esperar a artículos de la emigración, especialmente el consagrado al sistema de Kant, para encontrar prueba de ese contacto. Lleno de admiración, Varona enfatizó que este trabajo sobre Kant demostraba que «su invariable anhelo de saber no se amortigua con los años».^{12} Varona, buscando desde luego, lo que le atraía por su afinidad, se detuvo en la preocupación científica de Varela señalando que

le acompañó durante toda su vida, pues aún en los años de destierro efectuó traducciones de obras puramente científicas. Coincidiendo con la opinión de Varona, señaló posteriormente Medardo Vitier que «el adelanto que alcanzan a fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX las ciencias físicas y naturales colora fuertemente la hechura mental de Varela».^{13} Vitier recomendó a los que estudiaran la obra filosófica del Padre Varela, [44] que debían atender a la formación científica que tuvo pues eran muchos los factores que habían intervenido en ella, ya que Varela enseñó física, escribió textos sobre estas materias, estaba muy al tanto de lo que se conocía en su tiempo y recibía libros y revistas de Europa en varios idiomas —que leía en compañía de discípulos aventajados— pues la habitación de Varela era un verdadero taller de trabajo.

En relación a las fuentes de Varela, Vitier, en su *Filosofía en Cuba*, siguiendo a Hernández Travieso, subrayó la importancia que en el insigne sacerdote y patriota tuvo la influencia de su maestro Juan Bernardo O’Gaban, sobre todo en lo que se refería a su adhesión a Locke y Condillac.^{14} En otra de sus obras fundamentales, *Las ideas en Cuba*, el propio Vitier enfatizó la otra influencia magisterial que recibió Varela y que también apuntaba esa tendencia renovadora, es decir, la del Padre José Agustín Caballero.^{15} En el prólogo a la edición que de la *Miscelánea Filosófica* de Varela publicó en 1944 la Universidad de La Habana,^{16} el mismo Vitier precisó más claramente la cercanía de Varela al movimiento de la Ideología destacando el hecho de que eran las ideas de Locke y Condillac las fuentes de esa corriente y deteniéndose en consecuencia en la importancia de la repercusión que en Varela había tenido Destutt de Tracy.

Adrián G. Montoro, aludiendo precisamente a las fuentes varelianas, ha señalado el hecho^{17} de que el empirismo de Condillac era insuficientemente radical y no avanzaba hasta las últimas consecuencias y que esto permitió que sacerdotes católicos como O’Gaban y Varela se consideraran discípulos más o menos fieles de Condillac, sin dejar de ser cristianos ortodoxos. Montoro razonaba que el desarrollo de las ideas de Condillac por Hume llevó a este último a un empirismo radical en que las categorías de causa y de sustancia se destruían, [45] planteando una disyuntiva irreconciliable entre empirismo y teología católica. También Montoro alude al hecho histórico del escaso acceso que los pensadores cubanos tuvieron a la filosofía alemana;^{18} es decir, Kant y el movimiento idealista alemán: Fichte, Schelling, Hegel, Schopenhauer, y subraya que el predominio absoluto del pensamiento francés en Cuba es la causa esencial del rumbo seguido por la filosofía cubana durante todo el siglo XIX. Afirma Montoro: «del sensualismo de Condillac (Varela) al positivismo de Littré y de Taine (Varona), pasando por la ideología (Luz y Caballero)».^{19}

Humberto Piñera Llera^{20} ha visto que lo que hay en Varela de sensualismo es una actitud de resguardo, de preventiva reacción frente al innatismo. Piñera destaca que esa

preocupación de Varela por el conocimiento empírico lo une a toda la filosofía moderna y esto —en nuestra opinión— lo acerca indudablemente a Varona, que fue un devoto del conocimiento emanado de la experiencia. Por otra parte, Piñera, al aludir a que Varela no fue un sensualista ortodoxo, indica como razones, además de su condición y formación religiosa, el hecho de que Varela no era un hombre de un solo bando, es decir, Varela fue un filósofo que sometió todas las ideas que estudió a una cuidadosa evaluación y esto también lo aproxima innegablemente a Enrique José Varona. Recuérdese que Varela había proclamado que la mejor de todas las filosofías era la ecléctica. Su espíritu independiente no se afilió absolutamente a ninguna escuela filosófica y aunque, como ya se ha dicho, tiene su obra una gran influencia del Sensualismo y de la Ideología, no se consideró nunca un mero seguidor de esas ideas.

Igualmente Varona, pese a su vinculación con el positivismo, no puede clasificarse como un positivista ortodoxo. Fue, como típico representante del positivismo hispanoamericano, un positivista heterodoxo. Ya hemos estudiado en otros trabajos las razones que justifican esta afirmación. Lo que quiero destacar aquí, pues me interesa a los efectos de este estudio, [46] es el hecho de que Varona presentó objeciones a ciertos aspectos de las ideas de los pensadores que más influyeron en él, es decir, Augusto Comte, Emilio Littré, Hipólito Taine, John Stuart Mill y Herbert Spencer. Pese a su entusiasmo por el científicismo, el positivismo y el evolucionismo, Varona hizo reparos a los voceros de las escuelas positivistas francesa e inglesa, es decir, analizó críticamente el positivismo francés y el evolucionismo inglés. Esto se debió a que Varona, al igual que Varela, sometió siempre las ideas ajenas a una evaluación rigurosa. Su seriedad metodológica y su serenidad reflexiva, que tanto le caracterizaron, forman también parte de la personalidad intelectual de Varela.

Recuérdese que Varela defendió la libertad filosófica de pensar y reservó a la fe las cosas divinas dejando en lo humano, la razón y la experiencia como los instrumentos necesarios para el logro de la verdad. En su *Elenco* de 1816, examen I, proposición 26, dice que: «La autoridad es el principio de una veneración irracional que atrasa la ciencia» y en la proposición 27 agrega que «Los Santos Padres no tienen autoridad alguna en materia filosófica». Es decir, que gracias a esa distinción clarísima entre las esferas filosóficas y teológicas, pudo Varela enfrentarse al campo de la filosofía con una actitud de evaluación crítica que lo hace acercarse a Varona pese a las diferencias que separan a ambos en lo que a creencia religiosa se refiere.

En efecto, pese a todas estas aproximaciones, Varela y Varona disienten completamente en todo aquello que linde con el plano metafísico. «Dios —proclamó Varela— es un ente perfectísimo» y agregó: «su existencia la publica abiertamente la naturaleza, la comprueba el consentimiento de los pueblos, y la evidencian las razones

metafísicas; la verdadera filosofía supo siempre cuál era su origen, le confesó y acató, mas los falsos filósofos han querido dirigir sus débiles saetas al trono del Eterno, cuya simplicidad, unidad, justicia y providencia sostendré siempre contra los embates de hombres tan alucinados».^{21} Por el contrario, Varona dio muestras bien evidentes de no aceptar una explicación teológica a la formación del Universo; [47] recuérdese tan sólo su conferencia «La metafísica en la Universidad»^{22} en la que con ocasión de impugnar al krausismo, proclamaba que no podía coincidir con el criterio krausista de una mente divina derramando su ciencia ilimitada e incondicional en la ciencia humana y agregaba que la teología, que supone la existencia de un plan perfectísimo conforme al cual se ha desarrollado y rige el universo, nada aclaraba. Claro que esta distinción fundamental en el plano teológico, tuvo necesarias repercusiones filosóficas y éticas.

Pero tanto Varela como Varona no fueron hombres que se dedicaron sólo al cultivo del conocimiento abstracto, sino que trataron, con todos los medios que tuvieron a su alcance, de lograr aplicar todo su caudal de conocimientos al mejoramiento del pueblo cubano. Esto hace que volvamos a encontrar otro aspecto de sus vidas en que la cercanía se intensifica: Varela y Varona han sido dos de nuestros más grandes educadores.

Fue el propio Enrique José Varona quien en su aludido discurso de la Universidad de La Habana calificó a Varela y Morales de «eminente educador del pueblo cubano, el insigne educador de nuestro pueblo, timbre tan honroso, que ninguno puede ser más alto»^{23} señalando que la obra especial del Padre Varela fue el demostrarnos que la educación es y debe ser para el pueblo. Varela fue uno de nuestros grandes fundadores, uno de nuestros forjadores de la conciencia de la Patria y en eso fue maestro ejemplar. En ese aspecto también Varona fijó con palabras insuperables la gran importancia de la labor educadora de Varela. Dijo así Varona: «¡Cuánto hizo en ese sentido el Padre Varela! El fue iniciador del movimiento más glorioso que en este orden registra la sociedad cubana, gracias a él se difundieron, se esparcieron, penetraron por todos los ámbitos del país los rayos de la luz; porque él hizo surgir en torno suyo multitud de egregios continuadores de su obra; y todo el primer período de nuestra historia en el pasado siglo puede sintetizarse en Cuba en la labor de aquellos verdaderos titanes, [48] que se propusieron derrocar el carcomido pero resistente edificio de la sociedad colonial, para sustituirla con la obra gloriosa de un pueblo que siente, que piensa, que quiere labrarse a sí mismo mejores destinos. Ésa fue su obra y ésa la obra de sus sucesores.»^{24}

Félix Varela y Morales realizó en su obra y en su cátedra del Seminario San Carlos una defensa de la educación experimental y un ataque a los sistemas verbalistas y memoristas que caracterizaban la enseñanza escolástica en Cuba. Dijo Varela en sus «Observaciones sobre el escolasticismo»: «No pudiendo el escolasticismo ser fecundo en doctrinas, pues no debía presentar otras que la de los maestros, procuró serlo en voces, en

fórmulas, en reglas y en abstracciones deducidas como con pinzas del texto de los grandes hombres.»^{25}

Estudiando esa actitud del ilustre sacerdote ante el escolasticismo, Humberto Piñera ha señalado tres razones fundamentales que encontró Varela para oponerse a él y que eran a saber: la vaciedad e inutilidad de las llamadas disputas, la práctica silogística que se había convertido en un espectáculo banal y el desastroso influjo del escolasticismo en la vida social cubana, que impedía el desarrollo de la mente del joven, acostumbrándolo al recurso fácil pero perjudicial de las frases y fórmulas estereotipadas.^{26}

Un estudio del fundamental discurso de ingreso de Varela en la Sociedad Patriótica de La Habana, de 20 de febrero de 1817, demuestra bien a las claras su optimismo ante la educación y lo hondamente que sentía la necesidad de la reforma educacional, pues veía en todo el proceso educativo un fin moralizante. Así proclamaba: «El hombre será menos vicioso cuando sea menos ignorante. Se hará más rectamente apasionado cuando se haga más exacto pensador».^{27} Más adelante, en este mismo discurso, volviendo sobre su crítica constante a la enseñanza memorística que predominaba en Cuba, argumentaba la necesidad de que en la enseñanza primaria se sustituyera el sistema imperante por una enseñanza totalmente analítica, [49] aunque adaptándola a la tierna edad de los educandos y recomendaba la formación de una obra elemental para la primera educación que debía ser lo más breve y clara que fuera posible.

Varela también comprendió la necesidad de reforma que tenía la enseñanza superior. Su labor cubrió en estos aspectos no sólo los cambios que introdujo en sus cátedras del Seminario de San Carlos y la siembra de ideas innovadoras en la mente de los que fueran sus discípulos, sino que en ocasión de encontrarse en Madrid como Diputado de la Isla a las Cortes Españolas, presentó una solicitud a la Dirección General de Estudios de dicha ciudad el 14 de mayo de 1822^{28} en la cual hizo un informe del estado general de los estudios superiores en La Habana y al amparo del entonces recientemente publicado decreto de reforma de la enseñanza universitaria de fecha 29 de julio de 1821 solicitó que fueran refundidos el Real Colegio Seminario de San Carlos de La Habana y la Real y Pontificia Universidad de San Jerónimo debiendo, según su opinión, permanecer en existencia solamente el primero. En el informe, el Padre Varela aprovechó la ocasión para comparar el estado de los estudios en ambos centros docentes criticando la ausencia de espíritu de reforma que existía en la Universidad de La Habana y los textos anticuados que se usaban en la misma. En la propia solicitud, subrayó la labor que venía realizando la Sociedad Patriótica y sostuvo que siempre se podría contar con el apoyo de la misma en estas labores de reforma. Una lectura cuidadosa de esta solicitud nos hace evidente el interés del Padre Varela en que los estudios universitarios adquirieran mayor seriedad y rigurosidad, acogieran las corrientes intelectuales más modernas y se intensificara la

enseñanza de materias científicas, que ya se habían iniciado en el Seminario aunque sin lograr todo el apoyo material que para su adecuada implantación se requería. La iniciativa del Padre Varela quedó, como otros intentos de reforma de cubanos ilustres, sepultada por la intransigencia y el marasmo de la burocracia de la corona española.

Varona, por el contrario, como se sabe, [50] tuvo la oportunidad histórica de llevar a cabo la reforma no sólo de la segunda enseñanza sino de la universitaria, cuando se le dio esa misión por el gobierno interventor norteamericano que precedió a la instauración de nuestra República. Llevado por sus ideas filosóficas, Varona enfatizó el estudio de las ciencias experimentales en el bachillerato y estableció nuevas carreras universitarias fundando las escuelas de Pedagogía, de Ingeniería Civil y Eléctrica, Cirugía Dental y Derecho Público; reorganizó las escuelas de Filosofía y Letras y de Ciencias, preparando la futura creación de las escuelas de Agronomía y Medicina Veterinaria. Ya en otros trabajos he tratado de analizar la naturaleza de esta reforma, que vino a resolver grandes problemas de la enseñanza cubana, problemas que ya habían sido señalados por Varela y por José de la Luz y Caballero en relación al exceso de enseñanza teórica y a la carencia de oportunidad de selección en carreras profesionales que tenía el estudiante cubano. Sin embargo, creemos que Varona, condicionado por sus ideas positivistas, se excedió en el carácter pragmático de la reforma y olvidó un tanto el cultivo de las Humanidades, él que fue un genuino humanista. Sobre esto se ha discutido mucho. Es verdad que Jorge Mañach tuvo razón cuando llamó a la reforma de Varona «terapéutica de urgencia»,^{29} añadiendo que la culpa de los efectos innecesarios de dicha reforma, especialmente en el bachillerato, lo habíamos tenido nosotros los cubanos que no supimos construir sobre las bases que él había creado, que dejamos pasar décadas para reformar lo que necesariamente había sido una labor iniciadora que requería por su naturaleza subsiguientes rectificaciones. Sí, Mañach tenía razón, pero no por ello, y eso no le quita un gramo a la grandeza de Varona, ni le rebaja su sincero afán de mejorar las condiciones de su patria, no por ello, repito, se puede desconocer que el humanista Varona, llevado por su positivismo, se excedió en el ataque a las Humanidades.

Que Varona fue reconocido como maestro, no sólo lo proclamó ante la historia la juventud cubana [51] que fue en busca de su orientación siendo ya éste un octogenario, en momentos trágicos de nuestra vida republicana, sino también toda una serie de grandes figuras de la cultura cubana que se llamaron con orgullo sus discípulos. Pero el magisterio de Varona rebasó las fronteras de su Patria para alcanzar dimensión americana. Germán Arciniegas subrayó su genuino carácter de maestro de América en un breve pero emotivo ensayo «Cien mil estudiantes en busca de un maestro».^{30} Ya se sabe que la elación de los hombres de pensamiento de la América Hispana que han expresado públicamente su admiración por Varona incluye lo más granado de nuestra historia cultural. Baste citar a

ese efecto la carta que le dirigiera José Enrique Rodó en ocasión de enviarle un ejemplar de *Ariel*. Dijo así Rodó al comenzar su carta:

«La respetuosa admiración que su alta personalidad intelectual me ha impuesto siempre, y a la que concurren no sólo los indiscutidos merecimientos de usted, sino también mi entusiasmo de americano por cuanto glorifica y enaltece nuestra América, me mueve hoy a enviarle un ejemplar de mi último libro, que sea como el homenaje en que se haga sensible esa admiración muy sincera.»^{31}

Y al final de la misiva agrega, hablando realmente para la historia: «Usted puede ser, en realidad, el Próspero de mi libro. Los discípulos nos agrupamos alrededor de usted para escucharle como los discípulos de Próspero.»^{32}

La defensa que ambos hicieron de los derechos de la mujer a una educación integral es otro punto que traigo a colación por la importancia que el mismo tiene en la problemática social contemporánea y porque demuestra cómo el afán de justicia y el profundo espíritu democrático que animó a estos dos cubanos excepcionales los acercaron extraordinariamente. Dijo Varela en uno de sus Elencos: «Uno de los atrasos de la sociedad proviene de [52] la preocupación de excluir a las mujeres del estudio de las ciencias o a lo menos no poner mucho empeño en ello, contentándose con lo que privadamente por curiosidad, pueden aprender, siendo así que el primer maestro del hombre es su madre, y que esto influye considerablemente en el resto de su educación»,^{33} palabras que tendrían después una repercusión trascendental en la obra de Enrique José Varona que fue un defensor inquebrantable del derecho de la mujer a una completa educación. Véase lo que desde las páginas de su *Revista Cubana*, esa revista que tan fecunda labor realizó en plena colonia en la formación de una nueva conciencia de patria, señaló Varona: «Todo lo que hay, pues, de común en ambos sexos debe cultivarse del mismo modo; y nadie abogará hoy por ninguna limitación en lo que se refiere al desarrollo de la inteligencia de una niña ni al cultivo atinado de su sensibilidad.»^{34}

La importancia de la labor educadora de estas dos grandes figuras fue destacada por un pedagogo eminente de Cuba, Alfredo M. Aguayo, quien dedicó dos ensayos sustanciales a estudiarlos. Me refiero desde luego, a sus trabajos «Las ideas pedagógicas del Padre Varela» y «Enrique José Varona, educador de un pueblo».^{35} En el primero Aguayo establece la relación directa entre las ideas filosóficas de Varela y su función educadora y subraya que a pesar de que Caballero y O'Gaban importaron las nuevas ideas no se desprendieron del formalismo escolástico y que fue Varela el que dio ese decisivo paso en la historia de la educación cubana. Negando Varela la noción de las ideas innatas, separándose en eso de Destutt de Tracy y afiliándose a Condillac, el eminente sacerdote sostuvo que los conceptos del entendimiento [53] no eran más que signos verbales de los

que se valía el ser humano para expresar el resultado de sus calificaciones. Aguayo consideró que la lógica para Varela consistía en la descomposición de las ideas, es decir, en simples operaciones analíticas que son las bases de todos nuestros conocimientos. Aguayo, asimismo, destacó la verdadera vocación de maestro que tenía Varela y subrayó que sus *Máximas morales para el uso de las escuelas*, sus *Cartas a Elpidio*, su *Miscelánea filosófica* y muchos de sus artículos periodísticos estaban penetrados de un amor entrañable a la juventud. El técnico pedagogo que fue Aguayo no dejó de admirar el hecho de que el digno presbítero llegara inclusive a estudiar el carácter del método que debía emplearse en la educación y aunque reconoció que Varela cayó en un error, el que llamó jacobinismo pedagógico, o sea, el tener una absoluta fe en la transformación del hombre por la educación, a la que ya nos hemos referido al hablar del optimismo de Varela, Aguayo justificó ese error porque en definitiva se trataba, según su opinión, de una equivocación común a la intelectualidad de la época. Concluyó su estudio calificando a Varela de padre de la pedagogía cubana y de inspirador y primer exponente del sistema de educación de su país.

Igual apreciación positiva tiene el estudio de Aguayo sobre Varona. También del insigne filósofo cubano puede decir Aguayo que creó un sistema pedagógico dotado de unidad interna, congruencia y trabazón. Le admira además la independencia de criterio. Dice al efecto: «A pesar de su naturalismo crítico, Varona se aparta con frecuencia de la pedagogía positivista y a veces adopta actitudes y sostiene principios en abierta oposición con las enseñanzas de la escuela.»^{36} Del mismo modo vio en Varona una capacidad de captación de las corrientes pedagógicas más avanzadas de su época y un genuino intento de importar a su patria las ideas que en el campo de la educación parecían indicarle el más eficaz camino a seguir en el mejoramiento del hombre. El énfasis de Varona en los estudios científicos, tan del gusto de Varela, diríamos nosotros, es también motivo de estudio por Aguayo. [54]

Por último, cabe anotar un tercer aspecto de unión de estos dos hombres extraordinarios. Ambos representan dignos ejemplos de verdadero patriotismo. Ambos levantaron su voz en plena colonia para hablar de los derechos del hombre. Ambos se enfrentaron a los miopes gobernantes españoles de sus respectivas épocas y reclamaron lo que la dignidad del pueblo cubano exigía. Ambos escogieron el exilio digno, transidos de nostalgia y tristeza pero saturados de grandeza noble, en estas tierras de Norteamérica, que siempre han sido refugio de los cubanos que han preferido la libertad de la conciencia al silencio aniquilante que impone el rigor del opresor de ocasión y aquí realizaron una extraordinaria tarea de divulgación de los empeños de independencia de su pueblo. Desde las páginas de *El Habanero*, Varela definió las razones morales y políticas que avalaban la independencia de la tierra querida; desde las páginas de *Patria*, en cuya dirección sucedió al Apóstol de la independencia cubana, José Martí, Varona reiteró décadas más tarde, el

mismo mensaje de libertad. El que haya leído las páginas políticas de Varela y Varona sabe cómo en ellas la emoción de la patria quedaba dominada para dejar correr el razonamiento convincente, cómo el énfasis polémico se refrenaba para dejar cabida al estudio sociológico y al ensayo político. Ambos fueron hombres de pensamiento que pusieron lo mejor de su intelecto en la defensa de su pueblo, hoy, como en los momentos en que ambos vivieron, luchando sólo por el reconocimiento de sus legítimos derechos. Desde su cátedra de Derecho Constitucional del Seminario San Carlos el Presbítero Varela, al comentar todo el engranaje jurídico en que se sustentaba la liberal Constitución española de 1812, heredera de los principios nobles que inspiraron la Revolución francesa y no de sus intransigencias radicales que la llevarían a negar sus máximas inspiradoras, Varela sentó ya las bases de su pensamiento político. Su defensa de los derechos fundamentales del ser humano tenía que llevarlo necesariamente a su convicción de la justicia de la independencia de la Patria. Habló Varela con lengua valiente y honesta que le nacía de la rectitud de su conciencia como hablaría años después Varona. [55] Los dos fueron enamorados de la libertad y la dignidad humana y denunciaron lo que de horrible tuvo la esclavitud del hombre por el hombre.

El siglo XIX cubano no sólo contempló la formación de nuestra identidad cultural sino también el sacrificio de los hijos de la naciente nación para lograr su independencia. Fundadores fueron Varela y Varona porque en su magisterio derramaron generosamente la luz de su sabiduría, formando conciencia de pueblo, no sólo con su ejemplo sino con el fruto que hicieron germinar en sus discípulos. Varela prefirió morir en San Agustín antes que claudicar de sus ideas, Varona se fue saturado de pesar por las frustraciones de la República por la que tanto luchó, pero nos legó con la honestidad de su ejemplo una crítica acerba a muchas de nuestras claudicaciones.

Dijo nuestro Apóstol José Martí sobre Enrique José Varona: «Fundar, más que agitar, quiere Varona, como cumple aún en las épocas más turbulentas, a aquellos a quienes el desinterés aconseja el único modo útil de amar a la Patria, en Cuba —como en todas partes— menesterosa de espíritus creadores» y agregó sobre el gran camagüeyano «Más que estremecer sin sentido ¡fortificar, sembrar, herir como una red de almas la tierra!». ^{37} «Patriota entero» llamó en otra ocasión nuestro Martí a Félix Varela Morales y añadió «que cuando vio incompatible el gobierno de España con el carácter y las necesidades criollas, dijo sin miedo lo que vio y vino a morir cerca de Cuba, tan cerca de Cuba como pudo», ^{38} calificándolo, con esa genial captación de esencias que tenía el Apóstol de nuestra libertad, de «santo cubano». ^{39}

Varela y Varona son pues dos cubanos ilustres que tienen afinidades sustanciales que los hacen dignos del reconocimiento agradecido de sus coterráneos. [56] La Patria, dijo Martí, es fusión dulcísima y consoladora de amores y esperanzas y es una noble manera de

hacer patria esta labor que realiza la Sociedad Cubana de Filosofía en el Exilio al cultivar nuestros amores. De su cultivo, saldrá el ejemplo que engrandecerá nuestro futuro con el renacimiento de la genuina Patria cubana.

Elio Alba Buffill
Kingsborough College, CUNY

-
- {1} Enrique José Varona. «Elogio de Félix Varela». *Estudios y conferencias*. Edición oficial. La Habana, 1936.
- {2} Medardo Vitier. «La lección de Varona». *Jornadas*, México, Colegio de México, Año XXXI, 1945.
- {3} Humberto Piñera Llera. *Panorama de la filosofía cubana*. Unión Panamericana. Washington, 1960. Pág. 31.
- {4} Véase por ejemplo: Juan J. Remos. *Historia de la literatura cubana*, Miami, Mnemosyne Publishing Co. Inc. 1945. Vol. I. Pág. 171.
- {5} Ver mi libro *Enrique José Varona. Crítica y creación literaria*. Madrid. Hispanova de Ediciones, 1976.
- {6} Mercedes García Tudurí. «En torno a la filosofía en Cuba». *Cuba Diáspora*, Anuario de la Iglesia Católica. 1975. Pág. 47.
- {7} Rosaura García Tudurí. «Influencia de Descartes en Varela». *Revista Cubana de Filosofía*. Vol. III. Enero-abril 1951. Núm. 11, pág. 28.
- {8} Joseph and Helen McCadden. *Father Varela, Torch Bearer from Cuba*. New York, The United States Catholic Historical Society. 1969.
- {9} Rev. Raúl del Valle. Prólogo. Pág. X, en Joseph and Helen McCadden, *Father Varela, Torch Bearer from Cuba*.
- {10} José Manuel Mestre. «De la filosofía en La Habana». *Enciclopedia de Cuba*. Tomo VI. Pág. 501.
- {11} Rosaura García Tudurí. *Ibid.* Pág 35.
- {12} Enrique José Varona. *Ibid.* Pag. 412.
- {13} Medardo Vitier. Prólogo a *Miscelánea filosófica* de Félix Varela Morales. Habana. Universidad de la Habana. 1944. Pág. XX.
- {14} Medardo Vitier. *La filosofía en Cuba*. Instituto Cubano del Libro. La Habana. 1970. Pág. 345.

- {15} Medardo Vitier. *Las ideas en Cuba*. Instituto Cubano del Libro. La Habana. 1970. Pág. 193.
- {16} Félix Varela y Morales. *Miscelánea filosófica*. Prólogo de Medardo Vitier. La Habana, Universidad de la Habana, 1944. Pág. 18.
- {17} Adrián G. Montoro. «La filosofía en Cuba.» *Enciclopedia de Cuba*. Vol. V. Pág. 486 y sigs.
- {18} — *Ibíd.* Pág. 487.
- {19} — *Ibíd.* Pág. 487.
- {20} Humberto Piñera Llera. Op. cit. Pág. 41.
- {21} Citado por José Manuel Mestre. Op. cit. Pág. 504.
- {22} Enrique José Varona. «La metafísica en la Universidad». *Estudios literarios y filosóficos*. Pág. 305 y sigs.
- {23} — Op. cit. Pág. 413.
- {24} — Op. cit. Págs. 414-415.
- {25} Félix Varela Morales. Op. cit. Pág. 97.
- {26} Humberto Piñera Llera. Op. cit. Págs. 44-45.
- {27} Félix Varela Morales. «Educación y Patriotismo». *Cuadernos de Cultura*. La Habana. Publicaciones de la Secretaría de Educación. Dirección de Cultura. 1935. Pág. 15.
- {28} Véase Francisco González del Valle. «Varela y la reforma de la enseñanza universitaria en Cuba». *Revista Bimestre Cubana*. Vol. XLIX. 1942. Marzo-abril. Núm. 2. Págs. 199-202.
- {29} Jorge Mañach. «El filosofar de Varona». *Homenaje a Enrique José Varona*. La Habana. Ministerio de Educación. 1951. Pág. 393.
- {30} Germán Arciniegas. «Cien mil estudiantes en busca de un maestro». *Homenaje a Enrique José Varona en el centenario de su nacimiento*. La Habana. Ministerio de Educación. 1951. Pág. 200-203.
- {31} José Enrique Rodó. «Carta a Enrique José Varona». *Homenaje a Enrique José Varona en el centenario de su nacimiento*. La Habana. Ministerio de Educación. 1951. Pág. 297.
- {32} *Ibíd.* Pág. 297.
- {33} Félix Varela y Morales. «Doctrinas de Lógica, Metafísica y Moral, enseñadas en el Real Seminario San Carlos de la Habana, por el Pbro. D. Félix Varela en el primer año del curso filosófico». Transcrito en Antonio Bachiller y Morales, *Apuntes para la historia de las letras, &c. en Cuba*. Tomo II. Pág. 174.

- {34} Enrique José Varona. «Las niñas en la segunda enseñanza». *Revista Cubana*. Mayo de 1887.
- {35} El primero aparece recogido en la revista *La Instrucción Primaria*, 1911. Pág. 149-155; el segundo está incluido en el libro del Dr. Aguayo *Tres grandes educadores cubanos: Varona, Echemendía, María Luisa Dolz*, Habana, Cultural S.A., diciembre de 1937, págs. 13-34. Una reelaboración bastante amplia de este trabajo fue publicada con el título de «La pedagogía del Dr. Varona» en el *Homenaje a Enrique José Varona en el centenario de su nacimiento*. Pág. 342-353.
- {36} Alfredo M. Aguayo. Op. cit. Pág. 15.
- {37} José Martí. «Seis conferencias de Enrique José Varona». *El economista americano*. New York. Enero de 1887.
- {38} — *Obras completas*. Habana. Editorial Nacional de Cuba. 1963. Tomo 2. Pág. 96.
- {39} — *Ibíd.* Pág. 97. Sobre la labor fundamental de Varela en el proceso de fijación de nuevas concepciones sobre las que se asentarían la naciente Cuba véase Rosario Rexach. *El pensamiento de Félix Varela y la formación de la conciencia cubana*. La Habana. Sociedad Lyceum. 1950.

Alberto Gutiérrez de la Solana

En torno a la cuarta Carta a Elpidio del tomo primero

Aunque todas las epístolas del tomo primero de las *Cartas a Elpidio* del Padre Félix Varela forman un cuerpo orgánicamente muy bien integrado en un todo por el tema de la impiedad, por las firmes y rectas ideas del autor, y por su estilo, la cuarta resalta como un innovador sistema psicológico sobre la mejor manera de encauzar la conducta humana, y en especial la de la juventud educanda. El autor desarrolla un método aparentemente sencillo pero extraordinariamente sabio para comprender, dirigir y encaminar a los impíos, que puede aplicarse a todos los humanos en innumerables circunstancias y a través de los tiempos, lo cual prueba su sagacidad como conocedor del alma, y su anticipación en esta materia —al igual que en tantas otras— en Cuba y en el mundo hispánico.

En sus *Cartas a Elpidio*, Varela derrocha sus dotes de observador totalmente alerta a los acontecimientos de su tiempo. Y aun en casos aparentemente disímiles de nuestra época, podríamos encontrar coincidencias que permitirían aplicar su pensamiento a hechos públicos de la actualidad. Por ejemplo, él cita lo siguiente:

En Francia (nación famosa por cuanto hay de grande y cuanto hay de ridículo), hace mucho tiempo que el oficio de escritor es como el de carpintero, que está a las órdenes del que quiera emplearlo para hacer la pieza que le pidan, sin averiguar otra cosa que el precio que debe pagarse. Muchos de estos escritores componen una novena piadosísima para una sociedad religiosa y en seguida el libro más impío por orden de un librero, que acaso imprime por su cuenta ambas obras como objeto de mera especulación. [58] Yo no ignoraba estos hechos, mas tuve un comprobante de ellos por informe de nuestro común amigo..., quien tuvo en sus manos una de estas novenas y supo su autor por el mismo librero que la vendía.^{1}

Aunque Varela se refiere concretamente a las plumas mercenarias que propagaban la impiedad en el siglo XIX, no sería muy difícil encontrar cierta similitud en el presente en aquellos casos en que hechos de matiz escandaloso son convertidos en libros de gran éxito comercial por escritores profesionales que alquilan su pluma para redactar las memorias o contar las andanzas de otra persona bajo el nombre de aquélla, que en realidad no sabe escribir ni tiene capacidad para componer un libro relatando sus turbias aventuras, que deberían quedar en el silencio si el lucro no tuviera más fuerza que el pudor. También se podría trazar otro paralelo en relación a las empresas editoriales

contemporáneas que siendo parte integrante del sistema democrático de libre empresa se aprovechan lucrativamente de la publicación y venta de libros y otras formas impresas que atacan los principios de la filosofía política y social que les permite hasta la libertad de intentar destruirla. No parece arriesgado deducir que el Padre Varela aplicaría a estos negociantes del siglo XX el mismo juicio moral que empleó para el mercenario francés de la centuria pasada.

En cuanto a la extensión de la impiedad, el autor asevera que parecen tener razón los que afirman que la facilidad de hablar o escribir en contra de la religión, y el interés de los especuladores en publicar obras impías, prueban que los sentimientos de piedad se han extinguido. Pero aclara que no es tan común como se pretende, aunque es verdad que se halla en todas las clases, y esto hace parecer que tiene mucho más fuerza. Añade que siempre ha sucedido, por suerte o por desgracia, que se les atribuye a las clases una denominación buena o mala por la conducta de un gran número que es insignificante respecto a la totalidad. [59] Aclara Varela que por sus observaciones, no por teorías, le consta «que uno de los medios de que se vale la impiedad para extenderse es suponer que ya está muy extendida... que este ardid es practicado por todos los partidos, ya políticos, ya religiosos; que produce gran efecto por la natural propensión que tienen los hombres a reunirse, la cual los induce a querer formar parte de las grandes sociedades» (pág. 93). Estas observaciones de Varela son tan válidas hoy como en el siglo pasado, especialmente respecto a algunas doctrinas y ciertos partidos políticos, que están de moda en la actualidad, y que muchos no se atreven a combatir porque creen que son muy populares y tienen mucho poder. Sobre esto también expresó Varela su opinión de que el aumento de la impiedad se debe a la apatía de los buenos, pero que si los hombres se persuadieran de esto, disminuiría extraordinariamente.

La fórmula que ofrece el Padre Varela para tratar a los impíos es muy sencilla; según las máximas del Evangelio; con caridad, dulzura y al mismo tiempo firmeza. Este consejo del ilustre presbítero parece fácil de realizar, pero en la práctica no lo es, y él lo sabe. Por eso él advierte los peligros provenientes de entender que la firmeza significa persecución, y los riesgos del ataque universal y sin distinción, o del individual y marcado, pues en ambos casos en vez de obtener un efecto beneficioso se exasperaría a los impíos y se estimularía su obstinación. Con su profundidad psicológica habitual, agrega que «esta doctrina debe aplicarse a toda clase de disputas y en todos los casos en que chocan entre sí los intereses sociales, pero mucho más en materia de religión» (pág. 96).

En su análisis de la conducta humana, Varela afirma que el insulto es «un medio antievangélico que solamente sirve para satisfacer pasiones humanas y tomar venganza de insultos recibidos» (pág. 94). Añade que no ignora que algunos tratan de hacer el bien, pero que escogen los medios equivocados. También señala como defecto importante la

ligereza en creer cuanto se dice contra aquellos a quienes se quiere impugnar. Asimismo indica que la personalidad es un obstáculo a la convicción, y consecuentemente, que las disputas privadas en que casi siempre se ofende a personas determinadas son contraproducentes. [60] Conforme a estas ideas, el escritor recomienda atacar el vicio sin determinar los viciosos, de forma que nadie se dé por ofendido.

Con motivo de éstas y otras observaciones sobre las más fructíferas formas de combatir la impiedad, el sacerdote intercala en esta carta dos páginas que contienen un agudo examen de la libertad religiosa y la paz y la armonía social en los Estados Unidos. Varela le informa a Elpidio que aunque este país sea considerado como ejemplo sobresaliente de la libertad religiosa, no se debe hacer la idea de que la religión no tiene influjo alguno o que no altera los ánimos en nada, y que no existen rivalidades religiosas. Que es verdad que los impíos tienen campo libre y los devotos seguridad, pero que no es tanto a consecuencia de las leyes como de la opinión. Que se detestan unos a otros y que las diversas sectas son extraordinariamente hostiles a la religión católica, y que si cualquiera de las sectas pudiese oprimir a las demás, se renovarían los tiempos de Enrique VIII e Isabel, y si los impíos tuviesen fuerzas, se producirían sangrientas escenas como las de la Revolución Francesa. No obstante, dice, no hay luchas religiosas. ¿Por qué? Por el *tino social* (el padre lo subraya), que Varela define como el producto de la educación y la experiencia que permite que los hombres se respeten aunque se aborrezcan y que nunca rompan la armonía de una reunión con insultos personales. Y si por casualidad alguno interrumpe estas normas de prudencia general, el ofendido recibe sin dilación satisfacciones de los demás, quedando nuevamente tranquila y pacífica la sociedad, aunque más dividida que nunca en sentimientos religiosos. Y muy simpáticamente, confiesa Varela que sabe que muchos de los que lo tratan con respeto y a quienes él recíproca con igual deferencia, si se enteraran que había muerto dirían que había un diablo menos sobre la tierra, pero que esos mismos individuos nunca lo insultarían por no quedar en ridículo ante la comunidad. Varela reconoce, pues, la fuerza del tino social y de la opinión general en los Estados Unidos. Y declara que mientras no se consiga este hábito de respeto y de condescendencia social, jamás podrán imitar a los Estados Unidos, cualquiera que sea el sistema de gobierno.

Esas palabras de Varela han sido proféticas, [61] pues las nuevas repúblicas hispanoamericanas copiaron muchos preceptos de la constitución norteamericana pero no han logrado todavía aquel hábito social observado por él, que conduce pacíficamente a la armonía general aunque se tengan creencias y opiniones diversas. Y lo mismo puede decirse de la gran mayoría de los países del mundo en la actualidad. Este don de Varela de ver con claridad las circunstancias y de vaticinar el futuro con certeza podemos observarlo también en sus tempranas afirmaciones en *El Habanero* en las lejanas fechas de 1824 y 1825 proclamando que Cuba no tenía más camino digno que la independencia total y

absoluta sin compromisos ni obligaciones con países del norte o del sur de las Américas, y que esto debía alcanzarlo por sí misma por medio de la revolución, pues no era factible la evolución bajo la metrópolis. Y que anticipando la revolución se evitarían sus males, porque si se dejaba al tiempo sería formada «por el terrible imperio de las circunstancias». Todas estas prefiguraciones sobre su patria están resumidas brillantemente en su deseo de que Cuba fuera «tan isla en política como lo es en la naturaleza».^{2}

La digresión de Varela sobre el tino social norteamericano nos condujo forzosamente a traer a colación su famoso periódico *El Habanero* y a citarlo porque allí refulgen otras de sus premoniciones ratificadas por la historia. Volvamos, pues, al examen de sus ideas sobre cómo tratar la impiedad, donde tantas muestras sobresalen de sus innatas condiciones de psicólogo moderno. Nos cuenta el sacerdote un ejemplo personal corroborativo de la tolerancia en los Estados Unidos. Un impío que francamente le ha manifestado que es ateo, y a quien él ha tenido a veces propensión a responderle como lo hizo el abate Lammenais en caso similar: «hace tiempo que deseaba ver un animal de esa especie, y me alegro de haberlo conseguido».^{3} Pero, dice el padre, no lo ha hecho porque esto hubiera estado en oposición al sistema de la sociedad norteamericana, razón por la que siempre le ha contestado con una sonrisa y después de una conversación amistosa se han separado, sabiendo él que el ateo continúa riéndose por haberse entretenido con un iluso, [62] y él también por haberse topado con un oso manso con pretensiones de hombre.^{4} Concluye Varela que éste es el mejor plan de conducta en relación con los impíos, y que toda oposición imprudente sólo sirve para agravar los males, porque un mal defensor hace mala y pierde la mejor causa. Y con su habitual sabiduría psicológica, recomienda no hostigar, ser discreto y tener la resignación de que no siempre se puede obtener todo, sino lo que Dios quiere.

También aconseja Varela que los eclesiásticos sean aún más prudentes que los seculares, porque aquéllos (nosotros, dice él) empiezan con la gran desventaja de que muchos creen que sólo promueven su interés, y que les duele mucho no la pérdida de las almas sino de sus comodidades. Aplicando la sagacidad psicológica del cura cubano a sus compatriotas que en el presente abogan por la restauración en la isla de los principios de libertad y democracia conculcados, se podría con relativa facilidad establecer la comparación de que también ellos son calumniados (al igual que dice Varela que son difamados los sacerdotes) cuando se les imputa que sólo lo hacen en defensa de los bienes materiales que les fueron confiscados y que esperan recuperar, sin tener en cuenta que la mayoría de ellos no tenía riquezas, y que los que eran dueños de propiedades no se hacen la vana ilusión de que puedan reivindicarlas después de casi un quinto de siglo de pérdidas, y sin reconocérseles la buena fe en la defensa altruista de sus ideales civiles y patrióticos, que son los mismos sustentados reiteradamente por el Padre Varela.

Con respecto a la juventud, Varela asevera que ésta propende a la justicia, y que el mejor modo de tratar a los jóvenes es «llevarlos con dulzura por la senda del cariño que conduce a la paz y contento».^{5} Recomienda el estudio del carácter individual de cada joven y acomodar por él nuestra conducta, pues dice que éste es el gran secreto de manejar la juventud, sacando partido de sus talentos y buenas disposiciones.^{6} Añade que la oposición debe ser casi insensible y que se debe buscar que el joven sea su propio corrector. [63] Con discernimiento digno de las teorías psicológicas y educacionales modernas, analiza las características de la juventud: pasiones vivas, la razón poco ejercitada, la experiencia casi nula, el placer de la lucha por sí misma, y concluye manifestando que los educadores suelen equivocarse creyendo haber triunfado sobre las inclinaciones de los jóvenes cuando éstos por temor no las manifiestan, pero en realidad lo que han conseguido es que hayan adquirido suficiente malicia para engañarlos. Que por eso los jóvenes consideran los colegios como una prisión, y tan pronto cesan las restricciones brota la corrupción. El Padre Varela tiene fe en la juventud, y señala que aunque haya personas empeñadas en demostrar lo contrario, los jóvenes, a pesar de que estén sumidos en los placeres y la impiedad, siempre agradecen los empeños que se hacen para mejorarlos, si perciben que no se intenta oprimirlos.

También expone Varela ideas revolucionarias sobre los colegios de su época.

El poco tino en atacar a la impiedad en los primeros pasos de la juventud, cuando las pasiones empiezan a soltarse; el poco tino en manejar a los jóvenes en la edad más peligrosa de la vida, es la causa de la desmoralización de muchos; que se hace inexplicable a los irreflexivos, que dicen, con gran sorpresa, «¡y se educó en un colegio!» sin expresar qué colegio y manejado por qué cabezas. A la verdad, mi Elpidio, que son tan pocos los colegios que valen algo sobre este punto, que un hombre de juicio, lejos de sorprenderse del que parece un fenómeno, encontraría su causa muy natural en el mismo hecho que se presenta para hacerlo extraordinario, y diría que tal joven es impío, precisamente porque se educó en un colegio... En muchos colegios, y aun diré en la mayor parte, se descuida enteramente el interesante objeto de la religión, inspirándose de este modo cierto desprecio, o por lo menos, cierta indiferencia acerca de ella; y en otros tratan los profesores de inspirarla a la moruna, a fuerza de castigos, que sólo producen un odio mortal hacia los que los imponen y una aversión completa e indeleble al objeto que la causa.^{7} [64]

Corroborar Varela estas ideas con su propia experiencia de que los jóvenes siempre aman cuando conocen que son amados y que mediante el amor se les puede manejar fácilmente y se les inclina favorablemente a la virtud por el buen juicio que forman de quien con inteligente amor se la propone. Con la hondura de un psicólogo moderno, el

presbítero afirma que nunca ha castigado ni premiado a ningún joven por ejercicios religiosos. Y declara que los premios sólo sirven para formar hipócritas especuladores y establecer en el corazón de los jóvenes una religión puramente humana, porque se acostumbran a agradar a los hombres y a esperar de ellos lo que sólo deben esperar de Dios. Por otro lado, agrega, los castigos destruyen los sentimientos sinceramente religiosos y promueven también la hipocresía, aunque de distinta índole, porque es reservada y en «cierto modo feroz».^{8} En virtud de su experiencia y de sus reflexiones sobre la educación de la juventud, Varela estima que todo estímulo o compulsión que no sea conforme a la religión misma es perjudicial y sólo sirve para destruirla. Y que aun en los incentivos religiosos debe ejercitarse mucha ponderación, pues un sermón continuo se convierte en una cantinela insoportable, especialmente para los jóvenes, que no pueden sufrir por mucho tiempo unos pensamientos tan serios. Y asevera sabiamente: «El que quiera que un joven no tenga religión háblele siempre de ella».^{9}

Continuando sus explicaciones psicológicas, el autor manifiesta que no hay un niño que no quiera ser grande de cuerpo ni joven que no quiera serlo en ideas y sentimientos. Y que los jóvenes, por demostrar que ya son hombres, y que han salido de las faldas de la madre empiezan a hablar, no con franqueza sino con osadía, de materias de religión. Demostrando su aguda penetración como educador que conocía bien estas cuestiones, Varela aclara que no debe descuidarse este interesante asunto, pero que es errónea la actitud de aquellos que los humillan recordándoles su juventud y su falta de experiencia, y además, «con un modo que más ofende que mueve».^{10} Y asegura «que los que así proceden no han estudiado el corazón humano [65] ni saben todos los recursos de la vanidad».^{11} Varela explica que él ha seguido un plan contrario, y que su experiencia lo autoriza a recomendarlo como útil y asequible. Que él los trata como si ya fueran lo que quieren ser, es decir, hombres ya formados. Aclara el padre que en esa forma él les comunica su propia experiencia dejándoles creer que lo han engañado en el sentido de que lo han persuadido de que antes ellos ya la tenían. De esta manera, los jóvenes se convierten en sus colaboradores, figurándose ellos que han avanzado mucho y que ya han pasado el vértigo de las locuras juveniles. Después de formados, dice Varela, estos jóvenes son utilísimos porque comprenden el valor de la estratagema. Agrega el autor que él nunca ha querido tener por enemigo a muchachos, y menos entrar en disputas con ellos, y que siempre ha procurado darles a entender que los ama y los respeta. Pero el padre sabe que esta empresa no es fácil, y advierte que cualquier error puede destruir todo el plan y las buenas relaciones con el educando, que se creería víctima de una falsedad, y por tanto con derecho a vengar lo que el estimaría como un engaño malicioso. «He aquí formado a veces un *quijotico* religioso por la imprudencia de un maestro»,^{12} afirma Varela.

El autor señala la edad entre los 15 y los 18 años como la peligrosa, porque son pocos los jóvenes que no presenten signos de impiedad en esos años. Por eso recomienda

que se tomen precauciones para evitar este problema. Indica como uno de los mejores recursos distraer el ánimo de los jóvenes e inclinarlos a estudios no relacionados con la religión ni la moral, ni sobre cuestiones especulativas, sino sobre conocimientos prácticos, como la música, el dibujo, las matemáticas, la física y la química. Considera como los mejores antidotos contra la corrupción y la impiedad las tres últimas ciencias.

Varela deplora el concepto que tienen muchos padres de que el estudio de las ciencias naturales es una pérdida de tiempo porque no producen mucho dinero. Estima que es un grave error de los padres pensar solamente en la retribución económica que rendirán los estudios de los jóvenes, sin considerar el perfeccionamiento moral e intelectual de sus hijos. [66] Lamenta lo que él llama la venalidad de las ciencias, refiriéndose a que se venden sus servicios sólo por dinero, y se aprecian únicamente en la medida en que sirven para ganarlo. Aclara que los estudios lucrativos son denominados ciencias de carrera. No se opone a que los esfuerzos y los desvelos del estudiante se retribuyan debidamente para que el ciudadano pueda establecerse en la sociedad sin sufrir ni ser un gravamen para los demás, pero afirma que se puede y se debe conciliar el interés personal con el científico.

Varela también estudia en esta carta la impiedad y la psicología de las mujeres. Este aspecto es tal vez el menos interesante para el lector contemporáneo por los grandes derechos legales y sociales que ha adquirido la mujer en este siglo. Pero la rectitud y la perspicacia del autor son evidentes en su afirmación de que las mujeres han sido inutilizadas por ignorancia y política, haciéndoselas desgraciadas, y que la sociedad las ha encadenado de diversas formas. No obstante, la visión profética que en otras cuestiones hemos reconocido en el Padre Varela, no lo acompaña en cuanto a la susodicha situación de las mujeres, pues estima que «sería muy ridículo el empeño de reformar la sociedad en este punto».^{13}

Sería innecesariamente prolijo repetir aquí otras de las muchas observaciones y otros de los diversos consejos que el padre presenta en la carta comentada, pues los expuestos demuestran suficientemente su profundo conocimiento del corazón humano y su sabia aplicación de principios psicológicos para corregir o encauzar la conducta, especialmente de los jóvenes educandos. Las ideas expuestas por Varela en la cuarta carta del tomo primero representan un gran paso adelante en la progresión científica en materia educativa. Que yo sepa, no se había expuesto hasta entonces un sistema tan avanzado e ilustrativo con base psicológica ni en España ni en Hispanoamérica. Varela emplea su experiencia y su vasto conocimiento del hombre para analizar la impiedad, y de ahí surge en la cuarta carta a Elpidio del tomo primero una original anticipación psicológica en relación con el trato que debe darse a los jóvenes impíos [67] que es de aplicación general a la juventud en relación con otros conflictos morales, espirituales o educativos, tanto en

su tiempo como en el presente. El sacerdote no sólo quiere salvar y atraer al redil a las ovejas desorientadas sino que indica el camino prudente y científico para evitar que la juventud se descarríe. Contrario a lo que se esperaba que recomendase un sacerdote formado bajo las directrices de la iglesia católica en una colonia española hace casi siglo y medio, el cura cubano aconseja no imponer la religión si no se quiere ahuyentar a la juventud. Sus novísimas ideas educativas se fundamentan en la comprensión y el amor hacia los jóvenes, sin prejuicios contra éstos, sin la severidad, a veces despreciativa, del maestro hacia el alumno, especialmente en su tiempo, y sin arrogancia profesoral o sacerdotal.

Además de esos valores de contenido, tanto ésta como las otras cartas a Elpidio atraen todavía la atención del lector moderno y mantienen su atención por su estilo claro, preciso, lógico, sin pompas retóricas ni falsa erudición pedantesca; por su lenguaje exacto y directo, y por sus períodos a veces amplios y otras veces rápidos, breves y comunicativos, hasta llegar muy a menudo a la síntesis aforística. En conjunto, su prosa es sobria pero elocuente. Su forma de expresión está exactamente adaptada al pensamiento que quiere comunicar, el cual queda transmitido con exactitud, agilidad, claridad, sencillez, luminosidad y profundidad. Su manera de escribir revela su condición de profesor de Lógica y de Filosofía por la nitidez con que expone su pensamiento y la habilidad con que presenta su argumentación. Todo ello dentro de una forma epistolar familiar pero no vulgar.

Estas cartas también demuestran sus cualidades innatas de psicólogo, sus dotes de observador de la vida y del hombre, su sentido práctico, su firmísima fe católica, su bondadoso corazón de hombre bueno que sólo quiere hacer el bien y su patriotismo, pues el objetivo final del autor es la educación y el encauzamiento de sus coterráneos por la senda de la religión y la ética, y en especial incitar a la juventud de su país a superarse y prepararse para ser los dirigentes de la futura patria libre, independiente y regenerada. Y no debe ser mera coincidencia que *Elpis* significa en griego esperanza. [68]

Con la enseñanza de la filosofía alcanzó Varela el primer lugar en la evolución del pensamiento cubano al desechar el aristotelismo e introducir nuevos conceptos pedagógicos fundamentales. Trató de liberar a sus compatriotas de la ignorancia y el pecado y les enseñó el método de aprender por medio de la observación de la naturaleza, la experimentación y la experiencia. Estableció firmemente el concepto de que el conocimiento del mundo no podía venir mediante la memorización de silogismos sino por el examen y el estudio del universo y por el uso de la mente para entender al hombre y la creación haciendo uso de las facultades de razonar. Y sustentó que no había incompatibilidad entre las ciencias, los cambios sociales y la religión. Sus *Instituciones Filosóficas* publicadas en español en 1813 fueron el primer tratado filosófico impreso en

dicha lengua en todo el mundo. Era un maestro por naturaleza, dedicado por entero a sus alumnos y sus clases. Posteriormente, en el exilio, recordando a la juventud de su país, escribe sus *Cartas a Elpidio* con su devoción inextinguible de buen pastor intelectual y religioso. Por eso es que sus desvelos se vieron recompensados con una extensa lista de discípulos ilustres, entre los cuales sobresalen José Antonio Saco, José de la Luz y Caballero, Manuel González del Valle, José María Casal, Felipe Poey y Gaspar Betancourt Cisneros.

Con su cátedra de Derecho Constitucional inició el estudio de esa disciplina en Cuba, exponiendo sin temor las más avanzadas doctrinas e interpretaciones legales sobre constitucionalidad, soberanía del pueblo, frenos y restricciones al gobierno y las autoridades, y tiranía intelectual y política. En esta cátedra comenzó la divulgación de normas políticas de libertad e independencia de pensamiento que habían de convertirse por la fuerza de las circunstancias en su firmísimo criterio sobre la necesidad y la obligación de conquistar la soberanía total y absoluta para el pueblo cubano. Este curso suyo de Derecho Constitucional fue el primero de su clase en toda Hispanoamérica; y en el aula no fue remiso en explicar decididamente que la soberanía radica en el pueblo, que la delega en sus gobernantes, y que hay derechos naturales inalienables que el individuo no puede ceder ni al rey ni a nadie.

Con ese amplio y liberal bagaje intelectual, [69] no es extraño que al restaurarse la dictadura de Fernando VII ésta chocara con el pacífico y dulce pero firme e ilustre sacerdote y lo condenara a muerte, forzándolo a convertirse en uno de los primeros exiliados cubanos —que desde entonces hasta el presente se han contado por decenas de cientos de miles en la larga peregrinación de desarraigados compatriotas de Varela que han tenido que sufrir en el destierro el castigo de haber proclamado su insumisión. A consecuencia de este hecho llegó al convencimiento de que a Cuba no se le abría otro camino hacia el futuro que la independencia total, convirtiéndose en el primer separatista cubano, proclamando que «Cuba debería ser tan isla en política como en la naturaleza». Para propagar estas ideas funda, escribe y publica *El Habanero*, el primer periódico separatista cubano. Consecuentemente, en la historia del pensamiento isleño es el primer periodista político separatista.

En cuanto a Cuba, su previsión fue admirable, y el tiempo le ha dado la razón. En *El Habanero* declara: «Deseando que se anticipe la revolución sólo intento contribuir a evitar sus males.»^{14} Reconociendo que el mal era gravísimo, afirma que Cuba, para salvarse, tenía que saber perderse primero, de acuerdo con la anécdota que relata en dicho periódico.^{15} Con indudable visión profética, alertó a sus conciudadanos con su lúcida lógica, su estilo transparente y su inquebrantable buena fe del peligro que existía de que aprovechándose de las luchas internas del país éste fuera subyugado por otras naciones. Y

no obstante su gran amor a los Estados Unidos y su admiración y su respeto por sus instituciones, igualmente se opuso a la anexión de la isla a Norteamérica.

A pesar de que puede parecer agotada esta larga relación de actividades en las que fue el pionero en la historia cultural y política de Cuba, todavía podemos agregar que era un consumado violinista y que fue uno de los fundadores de la Sociedad Filarmónica de La Habana, la primera de su clase en Cuba. [70]

En Nueva York fue fundador de iglesias. Hace dos domingos, el 2 de octubre, el Cardenal Terence Cooke, Arzobispo de aquella diócesis, celebró la misa en la parroquia de St. James, en el número 23 de la calle Oliver de dicha ciudad, para conmemorar el 150 aniversario del establecimiento de esa parroquia por el Padre Varela, y bendijo un busto de él. En Nueva York se destacó también notablemente por su prudencia y su erudición en las fogosas polémicas escritas y orales entre católicos y protestantes. Fundó y publicó diversos periódicos religiosos en los Estados Unidos, en los que combatió la impiedad e iluminó a los fieles. Se distinguió como sacerdote ecuménico (también anticipándose a su tiempo) por su capacidad para dialogar sabiamente, sin violencia ni odio para nadie, demostrando su cultura enciclopédica, su exposición mesurada y paciente y su liberalismo católico. En los Estados Unidos fue un ejemplo viviente de purísima, firme y sincera fe católica, y al mismo tiempo sacerdote respetuoso de las opiniones y creencias ajenas. Y tuvo fama de santo, tanto en Nueva York como en San Agustín, donde murió, siendo proverbial su desprendimiento y su caridad, pues regalaba todo lo que tenía para ayudar y confortar a sus feligreses y a cualquiera que tuviera una necesidad.

Por supuesto, podría argüirse que los cubanos de este siglo alabamos y admiramos con razón pero tal vez con patriótica exageración los valores intelectuales y morales del padre Varela, pero basta leer sus trabajos en español y sus innumerables escritos en inglés (lengua que dominaba perfectamente, y asimismo el latín) para comprender sus dotes intelectuales, su cultura y su santidad. También son ilustrativas de su vida excepcional las opiniones emitidas en el siglo pasado sobre él, como el trabajo publicado en 1892, en francés, en la *Revue philosophique de la France et de L'Etranger* titulado «Philosophes Espagnols de Cuba: Félix Varela-José de la Luz», donde su autor, J. M. Guardia, afirma que en España, después de la muerte de Jovellanos en 1811, sólo había dos grandes pensadores, los cubanos Varela y Luz y Caballero; que la filosofía había echado raíces en Cuba pero no había podido aclimatarse en España, y que los dos cubanos no le debían nada a España ni a Hispanoamérica. [71] Concluyendo el ensayista que «Les sociétés qui produisent de tels hommes ne sauraient périr».^{16}

Es imposible abarcar el vasto panorama ideológico y las innumerables actividades de Varela en una conferencia. En este trabajo sólo he tratado de destacar sus admirables

cualidades de profundo y bondadoso conocedor del corazón humano, mediante una breve exégesis de su «Cuarta» carta a Elpidio, en la que expone un sistema educativo que no parece de su tiempo por los principios psicológicos que aplica, que han sido reconocidos científicamente en la educación contemporánea. Sus ideas sobre la formación de los jóvenes no parecen extraordinarias en este siglo en que tanto se han investigado la conducta humana y los métodos de tratar y encauzar los conflictos espirituales, morales y educativos, pero sí lo eran en 1835 en los pueblos hispánicos.

Todas sus anticipaciones, sus innovaciones universitarias y cívicas y sus rebeldías políticas son aún más de admirar en un hombre de su época, de su constitución intelectual y de sus fervorosas y arraigadas convicciones religiosas. Por su genio y su carácter fue un hombre de ideas modernas, y el primero en Cuba, y a veces también en Hispanoamérica y España, en iniciar modificaciones, renovaciones o creaciones sustanciales, como las expuestas anteriormente. Sus *Cartas a Elpidio*, y en especial la «Cuarta», demuestran su extraordinario y sincero deseo de guiar a la juventud de su patria con avanzadas ideas que lindan con la psicología moderna, y que lo colocan a la vanguardia, como educador, en el mundo hispánico de su tiempo.

Para terminar, quiero ampliar el juicio del escritor francés del siglo pasado que acabo de citar, para afirmar que las sociedades que producen hombres como Varela, Luz y Caballero, Saco, y Martí no pueden sucumbir, y persistirán, y sobrevivirán y vencerán todas las tormentas, todas las dictaduras y todos los despotismos, porque como dijo (Gilbert Keith) Chesterton, «El alma de una nación es tan indefinible como un aroma», [72] y el alma de la nación cubana está saturada del pensamiento, el espíritu, el sentimiento, el civismo, la honradez, la valentía, el patriotismo y la reciedumbre de guías como Félix Varela, que la hacen inmarcesible, no doblegable e imperecedera.

Alberto Gutiérrez de la Solana
New York University

{1} Félix Varela, *Cartas a Elpidio*. La Habana: Editorial de la Universidad de la Habana, 1944, I, 90. En adelante, todas las citas de este libro se referirán a la misma edición y sólo se expresará el número correspondiente a la página a continuación de la cita.

{2} Félix Varela, *El Habanero*. La Habana: Editorial de la Universidad de la Habana, 1945, pág. 104.

{3} *Ibíd.*, pág. 103.

{4} *Ibíd.*

- {5} *Ibíd.*, pág. 110.
- {6} *Ibíd.*, pág. 111.
- {7} *Ibíd.*, pág. 112.
- {8} *Ibíd.*, pág. 113.
- {9} *Ibíd.*, pág. 114.
- {10} *Ibíd.*, pág. 115.
- {11} *Ibíd.*
- {12} *Ibíd.*
- {13} *Ibíd.*, pág. 122.
- {14} *Ibíd.*, pág. 63.
- {15} *Ibíd.*, págs. 174-175.
- {16} Citado por Joseph y Helen McCadden en su libro *Father Varela, Torch Bearer from Cuba*. New York: The United States Catholic Historical Society, 1969, pág. 51.

Humberto Piñera Llera

Varela y Martí, o la dignidad del destierro

En la historia de Cuba el año 1853 tiene un profundo significado simbólico, pues en el breve intervalo de unos días nace quien llegaría a ser el Apóstol de la independencia, es decir, José Martí, y se apaga definitivamente la vida terrenal de uno de los más excelsos fundadores de nuestra nacionalidad, o sea Félix Varela. Singular coincidencia destinada a señalar que el camino desde la Colonia hasta la República no quedaría interrumpido, pese a cuantas dificultades fueran saliéndole al paso a la consciente e indómita voluntad de ser libres a toda costa. Pues si, como suele decirse, es cierto que Dios traza caminos y los confunde, no lo es menos que los llamados por Él a encontrarlos jamás pierden el rumbo. Por esto mismo, la historia colonial de Cuba tiene una etapa jamás superada en el número y la calidad de sus hombres: José Agustín Caballero, José María Heredia, Félix Varela, José de la Luz y Caballero, Domingo del Monte, José Antonio Saco, José Manuel Mestre, Cirilo Villaverde, Rafael Mendive, José Martí y los adalides militares de las dos gestas liberadoras del yugo colonial, son hitos que marcan el paso firme y seguro, irrevocable en su realización, hacia el momento, glorioso pese a todo cuanto se haya dicho en contra, en que la bandera de la estrella solitaria, símbolo de la libertad comprada con la «sangre de nuestros bravos» y las «lágrimas de nuestras mujeres», se alzó hasta el tope del mástil como respetuoso testimonio de profundo reconocimiento a quienes, paulatinamente, con la pluma o con la espada (a veces con ambas), [74] ganaron definitivamente un lugar de honor en nuestra historia.

Cuba ha sido durante casi dos siglos tierra de destierro y la nómina es tan larga que no puede incluirse aquí. Pues casi desde los comienzos del siglo pasado nuestros compatriotas se ven en la necesidad de buscar un clima de libertad fuera de la patria amada y precisamente para defenderla de las asechanzas a su integridad cívico-moral. Por eso a Heredia lo destruye la frialdad de la meseta mexicana, y a Varela, tras largos años de hostil soledad neoyorquina, le toca morir en estas cálidas tierras del Sur. Del mismo modo, Saco, Delmonte, Villaverde, Martí, e incontables compatriotas nuestros, padecen tan cruel desarraigo, porque —como dice el Apóstol—, «... el hombre ilustrado padece en la servidumbre política más que el hombre ignorante en la servidumbre de la hacienda ...».^{1} Tampoco durante la República faltó el motivo para el destierro, nunca, por supuesto, como el de ahora, en que una masiva emigración de casi un millón de cubanos se ve despojada del sagrado derecho a vivir y a morir en el suelo natal, en esa dolorosa situación de quien se ve convertido —como dice Martí— en un hombre partido en dos que lleva a cuestas consigo la mitad de sí mismo. Pero, en el siglo pasado, el destierro

contribuyó decisivamente a la libertad de Cuba, y volverá a hacerlo ahora, pese a cuantos vaticinios se hagan en contra.

Con sibilina frase —como todas las suyas— dice el «oscuro» filósofo de Efeso que «el ánimo del hombre es su destino». Veinticuatro siglos más tarde otro filósofo —el germánico Juan Teófilo Fichte— expresa algo por el estilo: «*Werde du bist*» (Sé lo que eres). Ambas sentencias encierran tal vez aquello que pudiera considerarse como la esencia de la humana sabiduría, o sea la de la «autenticidad» propuesta por Ortega y Gasset. Pues bien, Félix Varela y Morales es hombre capaz de mantenerse siempre fiel a la exigencia implícita en lo que se acaba de expresar. Tenemos un *destino*, que somos precisamente nosotros mismos, y hay que atinar con él desde el comienzo a fin de no convertirnos en lo que no somos. [75] En consecuencia, es preciso preguntar *por qué y para qué* se está en el mundo, en un lugar y una época determinados. Pues bien, Varela, como le sucede igualmente a Martí, descubre muy pronto el destino —es decir, la aplicación— al cual está llamado su existencia terrenal y, lejos de soslayarlo, se dispone a cumplirlo íntegramente. Comprende enseguida que el inmenso talento con que ha sido agraciado por Dios y la Naturaleza no es, ni puede ser, en forma alguna, gratuito. Por el contrario, ha de pagar por ese don, amortizándolo gradualmente, plazo a plazo, haciendo bueno aquello de su sucesor y compatriota José Martí, es decir, que es indispensable ser *un hombre de su tiempo*. De esta manera, la biografía del esclarecido filósofo cubano es la mejor prueba de su invariable fidelidad al destino que le fuera asignado.

Desde muy joven Varela mira en torno suyo, o sea a esa triste y encogida realidad de la Cuba de entonces, sometida al más degradante estado colonial y, por lo mismo, desprovista, hasta el asombro, de todo cuanto supone la humana dignidad: una oligarquía gobernante enemiga del nativo y movida sólo por los más bajos apetitos de rapacidad y codicia; un sistema de enseñanza —si es que se puede llamar así— cuyos pocos beneficios apenas alcanzaban al veinticinco por ciento de la sociedad, y, además, roñoso y anacrónico. En una palabra, inservible. Y una población esclava, que a veces sobrepasaba en número a la libre, gimiendo bajo el látigo implacable del amo. En fin de cuentas, algo capaz de horrorizar al ser humano más condescendiente y desaprensivo. Varela se asoma a este sórdido espectáculo a sabiendas de que, si se quisiera, podría trocarse tan indigna situación por otra completamente distinta, para lo cual es preciso aplicarse con diligencia y sin desmayo a la tarea de mostrar el bien apto para producir el cambio requerido. Este último ha de efectuarse, según cree, en tres formas diferentes pero concurrentes al mismo fin: hay que atender simultáneamente al saber, a la moral y a la política. O, como lo dije ya en otra ocasión, Varela ve claramente que la política de la educación es la educación de la política. Porque lo que Cuba necesitaba era buenos ciudadanos, para lo cual se requería de la consabida formación, hecha, por supuesto, a base de ciencia y conciencia. [76]

Vamos ahora a examinar sumariamente esos tres aspectos de la patriótica personalidad de Varela. Comencemos por el de la enseñanza, que nos coloca inmediatamente en el problema del conocimiento, sobre todo —como sucede con nuestro filósofo— en lo referente a las consecuencias prácticas derivables del mismo. Pues no debe pasarse nunca por alto el detalle de esa *instrumentalidad* típica de la filosofía cubana, con lo cual he querido dar a entender que el saber principal tomado a préstamo de Europa nos ha servido siempre para una eficaz mejora de nuestra sociedad. En consecuencia, Varela acude a aquello entonces predominante en Europa, es decir, a lo allí preconizado por la autoridad de los mejores. Cuidadoso lector de Descartes, Bacon, Gassendi, Condillac y otros, se percató muy pronto de la importancia del *espíritu crítico* tocante a las cuestiones del entendimiento. Lo que necesitaba Cuba, primero que nada, era una «reforma del intelecto», consistente, en el caso cubano, en la sustitución del escolasticismo inane, hecho de comunes lugares y hábitos memorísticos (al que Varela, con risueño humor, llamaba «inutilismo») por la filosofía y la ciencia modernas tal como venían abriéndose paso en Europa. «El verdadero filósofo, cuando empieza una investigación, debe figurarse que nada sabe sobre aquellas materias y entonces debe poner en ejercicio a su espíritu hasta ver todos los pasos que debe dar, según enseñaba Cartesio.»^{2} Hay un mundo abierto ante nosotros, el mundo de la experiencia, ante el cual es preciso detenerse con crítica cautela y penetrarlo hasta su mismo fondo, con la reflexiva actitud de quien está percatado de la relación existente entre nuestros sentidos y la realidad circundante. Por eso mismo, vio con toda claridad que la teórica polémica europea entre *innatismo* y *sensualismo* tenía, sin embargo —trasladada a nuestro suelo—, un cariz distinto, es decir, por parte del primero, de apoyar cierto «autoritarismo» del pensamiento no muy distante —desde el punto de vista de sus consecuencias en Cuba— del medieval criterio del *magister dixit*, aunque a primera vista no resulte así. En tanto que la *experiencia* dota al hombre de un espacio más dilatado y más rico donde ejercer su libertad. [77] A causa de tan fundada prevención en contra del innatismo es que Varela se decide por el sensualismo, y así nos dice lo siguiente:

«De lo que antecede (que los sentidos transmiten las impresiones al intelecto) el lector pensará que soy sensualista. Y en efecto lo soy, en tanto en cuanto no puedo admitir las ideas innatas, al menos como éstas suelen ser explicadas ... ¿Qué significa esto? ¿Qué existen algunas ideas de objetos puramente espirituales cuya imagen los sentidos no pueden nunca producir? Aceptado. ¿Quiérese dar a entender que no podemos venir por medio de algunos razonamientos de las cosas sensibles al conocimiento de las espirituales? Esto es con toda evidencia absurdo y lo prueba la voz de la Naturaleza, proclamando la existencia de Dios.»^{3}

Esto último nos lleva como de la mano hasta la afirmación de la soberanía del individuo:

«Nuestros conocimientos empezaron por el de un solo individuo ... y todas nuestras primeras ideas son individuales ... No conocemos la Naturaleza, no conocemos sino individuos. No hay un ser en la Naturaleza que incluya todos los árboles o todos los hombres.»^{4}

Ahora bien, este criterio *individualista* es el instrumento de que se vale Varela para defender la enseñanza activa, experimentalista, frente al verbalismo memorista de la Escolástica, cuya degradación en Cuba, en tiempos de nuestro filósofo, se advierte perfectamente en estas palabras suyas:

«Si consideramos el influjo del escolasticismo en la vida social, conoceremos más claramente que no es cosa de poca importancia desterrarlo. Apenas hay un hombre de buenas ideas que se atreva a manifestarlas en público, cuando prevee que le ha de caer encima la lluvia tempestuosa de los escolásticos, pero sin oírle ni penetrarse de sus razones le condenarán, o lo que es más, lo echarán por tierra si pueden hacerlo. Todos no se hallan en ánimo de sufrir inectivas, ni exponerse a mayores prejuicios, y así se contentan con reírse a solas; pero la sociedad se priva de muchos bienes, que disfrutaría desterrándose de esta furia escolástica. Muchos padres de familia sacrifican a sus hijos, haciéndoles recibir unas ideas elementales de lo más absurdas, [78] sólo porque ellos son escolásticos, o porque siendo ignorantes oyeron habla de algún señor Doctor, y ya radicándose la ignorancia de unos en otros.»^{5}

En consecuencia, el método deseable es, según Varela, aquél preconizado por la *Ideología* (estudio científico de las *ideas* consideradas como *representaciones de las cosas*), que procede yendo de la sensación (experiencia) a la idea (reflexión) en donde remata el proceso del conocimiento. Se trata, entonces, de ir desde lo particular hasta lo universal, es decir, que el conocimiento, sea cual sea, ha de partir en todo caso de la observación y, si es posible, confirmarse en el experimento.

En resumen, desde el punto de vista del saber, de la ciencia, el ideario vareliano se basa en estos tres puntos: 1º, *autonomía del individuo*, santo y seña del liberalismo decimonónico; 2º, *libre examen* fundado en la observación y el experimento; 3º, anulación del *criterio de autoridad* que no se base en el convencimiento que tales o cuales ideas puedan despertar en el individuo. Así vio el gran patriota Varela la urgente necesidad de transformar el «inutilismo» de la enseñanza, prevaleciente entonces en nuestra patria, en

una sana, precisa y eficaz utilidad, y esto lo vemos aparecer, con nítida claridad en toda su obra escrita.

Tan importante al menos como el aspecto de la enseñanza fue para Varela el político; aunque debe tenerse en cuenta que, en rigor de verdad, toda su obra es fundamentalmente política, puesto que su objetivo era despertar en la sociedad cubana de aquel momento la conciencia de los derechos y los deberes que poseía como tal sociedad. Por eso, en 1825, el Ministro Plenipotenciario de España en los Estados Unidos informaba a sus superiores en la Península que Varela publicaba un periódico (*El Habanero*) «con el objeto de revolucionar la Isla de Cuba». Pues no se descuide el detalle de que el gran patriota cubano fue deliberadamente a la Cátedra de Constitución, creada en 1820 en el Seminario de San Carlos por la *Sociedad Económica de Amigos del País*, porque era la oportunidad que se le presentaba de exponer públicamente [79] (ante un auditorio ávido de escucharlo) lo que él pensaba y sentía sobre el derecho de Cuba a la libertad y la independencia, justamente por tratarse de una sociedad a la cual no había por qué negarle ese derecho. En consecuencia, en su examen de los fundamentos de la Constitución va constantemente hacia aquello que, de un modo u otro, se refiere ora a la libertad, ora a la soberanía. Refiriéndose a la legitimidad del Poder Real, dice:

«Si atendemos al origen del poder que ejercen los monarcas sobre los pueblos, o del que tiene cualquier especie de corporación, advertiremos que, o la fuerza les hizo dueños de lo que la justicia no les había concedido, o su autoridad no proviene sino de la renuncia voluntaria que han hecho los individuos de una parte de su libertad en favor suyo y de sus conciudadanos...»^{6}

Es fácil ver la manera clara y directa de que se vale Varela para llegar a la conclusión de que es muy discutible la legitimidad del Poder Real, pues éste, o se basa en el despojo de los derechos del individuo o procede de su libre decisión al autolimitarse en sus prerrogativas, con lo que, si bien delega en otro, jamás renuncia a sus inviolables derechos. Y agrega poco después que

«... toda soberanía está esencialmente en la sociedad, porque ella se produce con el objeto de su engrandecimiento incompatible con su esclavitud, y jamás renuncia al derecho de procurar su bien y su libertad, cuando se viere defraudado de tan apreciables dones...»^{7}

Podemos suponer el efecto de estas palabras y otras por el estilo en los jóvenes oyentes que llenaban la sala donde Varela se expresaba en esos términos. Palabras que, por mover a la reflexión, resultaban inquietadoras, ya que trazaban el cuadro de todo cuanto faltaba en Cuba en aquella época. Invitación a pensar como a soñar y a querer que

el programa reivindicador diseñado por el maestro se convirtiese en efectiva realidad. Como también deben haber sentido gran preocupación al oírle hablar de la repugnante institución de la esclavitud [80] y decir que resultaba incompatible el regreso (en aquel entonces) a la vida constitucional con el mantenimiento de esa especie de infrasociedad formada por los infelices negros esclavos. ¿Qué puede tener de extraño que tras él viniese esa pléyade de la dignidad cubana formada por José María Heredia, José Antonio Saco, Domingo del Monte, Luz y Caballero, Bachiller y Morales, el *Lugareño*, y muchos más, convencidos de la necesidad de un cambio en Cuba y dispuestos a luchar por su consecución?

En 1823 Varela se halla en España como diputado a Cortes por la Isla de Cuba y de allí se ve obligado a huir cuando se le condena a muerte por votar favorablemente la declaración de incapacidad del rey español Fernando VII. Tras breve estancia en Gibraltar, marcha a los Estados Unidos, radicándose en Filadelfia y más tarde en New York. Se había convertido en otro desterrado, es decir, uno de esos cubanos dispuestos a no volver a Cuba mientras faltase allí la libertad. Pero Varela no permanece ocioso, sino que se da inmediatamente a la tarea de publicar ese periódico que es hoy *rara avis* y cuya lectura produce viva emoción, pues en los seis números que se conservan abunda el comentario que delata la intención de estar siempre al servicio de la patria amada. Entre los cuarentidós trabajos contenidos en esos seis números, algunos se destacan poderosamente por su título: «Consideraciones sobre el estado actual de la Isla de Cuba»; «Tranquilidad en la Isla de Cuba»; «Amor de los americanos a la independencia», y «Carta del editor de este papel a un amigo». Todos revelan, con perfecta claridad, su profundo conocimiento de nuestra realidad colonial en el siglo pasado. Al igual que en el problema cultural, también en el político-social vemos al filósofo aplicando los recursos del saber principal a las cuestiones inmediatas de la problemática de Cuba en aquel momento. Y como el destierro era para él un serio compromiso con la patria, en él siguió su labor en pro de aquélla, ora colaborando en *El Mensajero Semanal* que dirigía José Antonio Saco —a la sazón ya desterrado—, ora en la *Revista Bimestre*, donde hacía oír su voz sabia y alertadora, provista de una amarga y destilada experiencia de hombres y cosas.

Vayamos ahora, finalmente, al tercer y último aspecto de la patriótica empresa vareliana, es decir, al religioso. [81] Sacerdote de incommovible fe, el filósofo y teórico de la política no estorba en lo más mínimo al creyente, porque Varela sabía muy bien que el hombre no es un monolito y, por lo mismo, no sólo está dotado de cuerpo y alma, sino que esta última es variada en sus capacidades, y así tiene sitio para el pensamiento teórico, el sentimiento de la belleza, la preocupación moral y la fe. A esta última —a la relación íntima y profunda del hombre con el Creador—, dedica Varela su primordial preocupación, haciendo de la *caridad* el punto de convergencia y a la vez de partida de todo lo restante. «*Non intratur in veritatem nisi per charitatem*», dice el colosal Agustín, y Varela adopta

este mismo principio. Pero la caridad es en sí muy amplia, tanto, que absorbe e incluye al hombre como *prójimo* en su doble dimensión social y patriótica. Éste, para Varela, es el cubano, el conterráneo, a quien caritativamente le dedica todo el fruto de su mente excepcional, porque no hay una sola línea escrita por este clérigo miope y de nervioso ademán que no esté consagrada al bienestar de Cuba, la patria añorada desde el destierro, de la cual se aleja para siempre sacrificándole su personal felicidad. Quiso ser y fue soldado de Cristo, para salvar almas. Mas aquellas a las que dedicaba todo su afán eran principalmente sus compatriotas, pues Varela amaba a Dios sobre todas las cosas y a su patria como aquello que, después de la Divinidad, motivaba su amor a la criatura.

Fruto de la preocupación religioso-moral es ese breve torso dramático titulado *Cartas a Elpidio sobre la impiedad, la superstición y el fanatismo en sus relaciones con la sociedad*. Aunque se propuso hablar de dichas tres cuestiones, lo cierto es que sólo aparecieron las dos primeras. Ahora bien, ¿qué puede ser todo eso de la impiedad, la superstición y el fanatismo sino consecuencias desdichadas de la falta de un adecuado conocimiento? Y nótese que, para él, no hay más destrucción de la libertad que la que tiene por autor al impío, o sea al hombre sin *pietas*, es decir, carente de verdadera fe que, por ser primero en Dios, lo es luego en la criatura. De ahí, en consecuencia, el paso al despotismo. Además, el pensamiento contenido en las *Cartas* sobre la impiedad muestra un fondo revelador de la preocupación de Varela [82] por el progreso ya alcanzado en su tiempo por el ateísmo y las doctrinas científico-materialistas, a la sazón muy difundidas. En cuanto a la superstición, consiste en adorar a una fingida divinidad o en tributar un culto absurdo a la verdadera. Más diáfana y certera no puede ser esta definición, porque, en efecto, es posible pecar por carta de más o de menos. Y sólo leyendo todo el contenido de esta obra se puede comprobar hasta qué punto es extenso y variado el repertorio de cuestiones relacionadas, directa o indirectamente, con el hombre y con la sociedad, lo que demuestra una vez más el patriotismo de Varela, para quien Cuba estuvo siempre en el primer plano de sus preocupaciones. Pues si bien es indudable que defiende con calor la legitimidad de la religión que tiene por única y verdadera, esto no le impide admitir ideas como las de una moral social, la laicidad del Estado y la libertad de conciencia. Todo lo cual deja ver en nuestro compatriota al hombre de su siglo, pues estaba convencido de que sólo mediante esas ideas se conseguiría para Cuba un estado de conciencia capaz de operar en ella una decisiva transformación.

Dieciséis años después de la muerte de Varela otro cubano, aún en la adolescencia, tras una estancia de varios meses en el infierno del presidio político de Cuba, va también camino del destierro, donde consume los veintiséis años restantes de su vida breve entregado a la nobilísima pasión de la libertad, y si regresa a la patria es para morir por ella. José Martí, el cubano en cuestión, había leído y meditado a Varela, a Luz y Caballero, a todos esos fundadores que no vacilaron en ponerse al servicio de la felicidad de la patria,

y de ellos extrajo la mejor parte de la inspiración con que puso nuevamente en pie de guerra a un pueblo que llegó a tener sobre las armas treinta mil de sus hombres y otros tantos de reserva. Hay que pensar en la emoción de Martí al detenerse ante las páginas vibrantes de *El Habanero*, o de *El Mensajero Semanal*, o de la *Revista Bimestre*, donde aparece una buena parte de la patriótica empresa del autor de las *Cartas a Elpidio*. De Luz y Caballero dijo en una ocasión Martí que había sido «el padre, el silencioso fundador»,^{8} y que si no escribió libros fue porque se dio a la tarea de hacer hombres. [83] En consecuencia, debe tenerse siempre muy presente esa clarísima idea de nuestro Apóstol de la independencia, con respecto al papel desempeñado en el proceso de la libertad de Cuba por la obra escrita de sus predecesores, que aparece condensada en esta plástica frase suya: «las guerras van sobre caminos de papeles».^{9}

Creatura de su Creador, siervo de Dios, el sacerdote Félix Varela, consagrado a la noble misión de salvar almas, no descuida nunca el lado patriótico de su vida como miembro de una sociedad sometida a un absurdo y cruel atraso que, con el tiempo, según se ensanchaba la brecha inevitable entre peninsulares y criollos, se hacía cada vez más deliberado; pues la Metrópoli veía con gran aprensión que la conciencia de la nacionalidad iba haciéndose cada vez más clara y firme en nuestra minoría ilustrada y aun en la masa popular desprovista de cultura, pero imbuida de explicable sentimiento de rencor y despecho hacia el gobernante rapaz y opresor. Como integrante de esa minoría culta, Varela no podía permanecer indiferente ante el cuadro de aquellos «horrores del mundo moral», como dijera otro gran desterrado, el poeta José María Heredia. Para él, salvar almas no era sólo cuestión de ganarlas para la vida eterna, sino, además, salvarlas para este mundo de acá, para la sociedad en la cual convivían, porque hay una perfección y un bienestar terrenales que debemos alcanzar por nosotros mismos. En fin de cuentas, aquello de «a Dios rogando y con el mazo dando». Y el *mazo* de Varela es el *conocimiento*, la relación consciente y ordenada entre el sujeto y el objeto, lo mismo con respecto a lo sensible (espacio-tiempo) que a lo espiritual. Pues tanto el «orden del mundo» como el «*ordre du coeur*» pertenecen a la persona humana, y, según asevera San Buenaventura, el conocimiento de Dios requiere el camino de las «maravillas» puestas ante la mirada del hombre.

Otro tanto hace Martí, porque es también hombre de gran espiritualidad, profundamente interesado en estas cuestiones de puertas adentro, como lo son Dios, el alma y la vida eterna. Sin embargo, ha habido hasta ahora una tácita admisión de que nuestro Apóstol era más bien agnóstico [84] y escasamente preocupado por dichas graves cuestiones. Pues bien, en el libro que sobre él preparo ahora, hago ver, con pruebas irrefutables, hasta qué punto estuvo atraído siempre por ellas. Y por lo mismo su acendrada *espiritualidad* le impidió incurrir en chabacanerías como el positivismo. Así, por ejemplo, lo dicho por Martí sobre Cristo asombraría a quien tuviese una idea contraria

respecto de su admiración por el Redentor, y quien se asome a la multitud de veces en que habla, con calor de creyente, sobre el alma, acabará convencido de su espiritualidad.

A Varela y a Martí les tocó en suerte llevar a cabo la parte más intensa y eficaz de su labor patriótica en el destierro, animados por idéntico sentimiento de amor a Cuba y a la dignidad del hombre. Pues quien puede, en alguna forma, evitar que lo circunde y domine la injusticia de la falta de libertad, y no lo hace, es indigno de llamarse *hombre*. «El que vive de la infamia o la codea en paz, es un infame. Abstenerse de ella no basta: se ha de pelear contra ella. Ver en calma un crimen es cometerlo.»^{10} Eso mismo cree Varela y, en consecuencia, ambos se van al destierro a padecer la constante nostalgia del bien perdido de la patria, la extrañeza de otras gentes y otras costumbres, de otra lengua. Pero la dignidad del hombre bien nacido no permite convivir con la infamia a que alude el Apóstol. Martí y Varela podrían haber pensado que lo de Cuba era un hecho consumado y, por lo mismo, de inevitable aceptación, haciendo oídos sordos a la voz de la conciencia, que dice justamente lo contrario. Pero si Varela decide ser para siempre un desterrado es porque sabía que su existencia terrenal nunca sería tan dilatada como para permitirle el regreso a una patria libre ya de las impurezas que combatió sin descanso. Y Martí, por su parte, también estuvo dispuesto siempre al mismo sacrificio, tal vez el mayor que se puede hacer en este mundo. Vivir en constante lucha por la patria, dando en cada momento la medida mejor de lo representado en esa sublime decisión; sin desmayar ni un instante, con el pensamiento puesto siempre en la tierra que tal vez no pisemos nunca más, pero decididos a ser ejemplo para otros que bien lo necesitan. [85] Semejante conducta despertó en Martí la admiración hacia sus patrióticos predecesores y le sirvió siempre de estímulo y de esperanza en momentos de graves decisiones. Por eso, en muy pocas palabras, nos describe aquello que representa la tierra natal para el desterrado: «La imagen de la patria siempre está junto a nosotros, sentada a nuestra mesa de trabajar, a nuestra mesa de comer, a nuestra almohada. Desecharla es en vano; ni ¿quién quiere desecharla?»^{11} Es así como lo sintió Varela, el sacerdote, el filósofo, el patriota, el desterrado insigne: el hombre para quien Cuba estuvo presente siempre en su mente y en su corazón.

Humberto Piñera
Profesor Emeritus
New York University

{1} José Martí: Discurso pronunciado en *Steck Hall* el 24 de enero de 1880, en la ciudad de New York.

{2} Félix Varela: *Lecciones de filosofía*, ed. «Universidad de La Habana», 1940, pág. 3.

- {3} Félix Varela: *Miscelánea filosófica*, ed. «Universidad de La Habana», 1944, pág. 257.
- {4} Félix Varela: *Lecciones de filosofía*, ed. «Universidad de La Habana», 1940, pág. 27.
- {5} Félix Varela: *Miscelánea filosófica*, ed. «Universidad de La Habana», 1944, pág. 217.
- {6} Félix Varela: *Observaciones sobre la Constitución política de la monarquía española*, ed. «Universidad de La Habana», 1944, pág. 11.
- {7} *Ibid.*, pág. 12.
- {8} José Martí: «José de la Luz y Caballero», *Patria*, New York, 17 de noviembre de 1894.
- {9} José Martí: Discurso en conmemoración del 10 de octubre, *Masonic Temple*, New York, 1887.
- {10} José Martí: *Heredia*, discurso pronunciado en New York el 30 de noviembre de 1889.
- {11} Discurso en *Masonic Temple*, New York, 10 de octubre de 1887.

Félix Cruz-Álvarez

Introducción al pensamiento político del Padre Félix Varela

La presencia del Padre Varela en la formación del pensamiento político cubano es el resultado de la convergencia sobre Cuba, en el primer cuarto del siglo XIX, de tres factores indispensables para el logro de toda entidad histórica: el personal, o sea, el hombre de mente visionaria y temperamento práctico, capaz de elaborar un cuerpo de doctrina suficiente para fundar una nación; el ideológico, la interpretación del pensamiento de su época aplicándolo a un propósito vital; y el ambiental, la concurrencia de elementos sociales, políticos y culturales que establezcan el escenario adecuado para la acción.

Varela fue, sin duda, la inteligencia más clara del siglo XIX cubano, y el revolucionario más radical.

Una vez situado en el camino de la independencia, no admitió transacciones ni desvíos. Para él, la causa de la insurgencia cubana estaba en el régimen colonial y absolutista, y en el espíritu cubano, ya bien definido, como nación. De la colonia de criollos prósperos que planeara Arango y Parreño, nada queda en el pensamiento de Varela.

Estas ideas crecieron en él por el contacto con la realidad histórico-política, que vivió intensamente, tanto dentro de Cuba, donde tuvo el apoyo franco del Obispo Espada,^{1} uno de los prohombres de la Ilustración en la Isla, y en sus largos años de vida extranjera, [88] desde los combativos de las Cortes Españolas hasta los fecundísimos de su destierro en los Estados Unidos. Aquí fue el patriota, el sacerdote y el hombre, dentro del ámbito de su fe católica fielmente observada, el que desarrolló la tarea fundacional más profunda que registran los anales del pueblo cubano.

La reforma de los estudios filosóficos iniciada por el Pbro. José Agustín Caballero, en el Seminario de San Carlos,^{2} renovando no sólo los métodos de enseñanza sino también la temática de los estudios, fue culminada por Varela al dar entrada en su cátedra a todas las doctrinas filosóficas de su tiempo, sin desmedro de su alta posición tomista, pero reconociendo la necesidad de los nuevos enfoques en el campo del intelecto.^{3}

Varela fue un creyente en los derechos del hombre y del ciudadano, y en su ideario refleja los postulados de la filosofía del así llamado *Siglo de las luces*, que fue el fermento,

unido al acontecer socio-económico, que traería la independencia de las colonias españolas en América.

De ahí su radicalismo político, su total intransigencia contra toda posición contraria a la independencia de Cuba, como bien lo expresa en su postura tajantemente revolucionaria y separatista, con meridiana claridad, cuando escribe:

«Yo soy el primero que estoy contra la unión de la Isla a ningún gobierno, y desearía verla tan Isla en política como lo es en la naturaleza.»^{4}

En su celo rebelde, rechaza la potencial ayuda de la Gran Colombia, prefiriendo la acción directa de los cubanos dentro de Cuba.^{5}

Este radicalismo cubanísimo es la clave para entender el pensamiento político de Varela. [89] No fue un demagogo ni un iluso. Hombre de fe, y al mismo tiempo eminentemente racional, dio a su obra el rigor intelectual del análisis frío, sin despojarla del amor patriótico.

El exilio fue para él una continuación de su cátedra de Derecho Constitucional en el Seminario de San Carlos, donde forjó a Luz y Caballero y a José Manuel Mestre. Con su actividad en Cuba, en España, en los Estados Unidos durante los treinta años de su infatigable destierro, Varela dio solidez racional y objetiva al pensamiento político cubano.

Era un temperamento lógico lleno de piedad, crecido bajo el influjo casi pragmatista del Padre José Agustín Caballero, seguidor, en cuanto a erradicar la futilidad escolástica de las cuestiones filosóficas, del dominico Melchor Cano, uno de los cerebros españoles mejor organizados del siglo XVI.^{6}

El sentido cristiano de la vida, la concepción católica del hombre y la interpretación racional del ciudadano, constituyen los puntos fundamentales en el análisis del pensamiento de Varela.

En el momento histórico que le tocó vivir, y en el cual fue una figura de primer orden, fue el cubano que supo recoger las esencias vitales y las necesidades reales de su pueblo.

Si Martí fue la pasión creadora, Varela fue el método, el germen certero y fecundante, fundador del concepto espiritualista de la nación cubana, que alcanzaría su índice máximo en el Apóstol.

La historia de Cuba puede desprenderse de muchos aspectos que sólo la afectan tangencialmente. Pero el que quiera comprender el origen de la nación cubana, no puede prescindir de estudiar a Varela, cuyo pensamiento político, si fue decisivo en la gesta nacional, aún continúa vigente.

Un aspecto capital en la doctrina política del Padre Varela es la acertada y estricta definición de los vocablos. En esto es un adelantado dentro del desarrollo del tiempo histórico, pues el uso de las palabras, dándoles un sentido u otro, para calificar o definir una situación o teoría, [90] es cuestión de las más actuales corrientes ideológicas y aparece como eje de toda labor propagandística y doctrinaria de nuestra edad. Es la llamada semántica política.

No fue ignorada esta circunstancia por Varela. De ahí que el vocablo *revolución* cobre para él un exacto sentido de acción libertadora para promover a su vez el orden nuevo que traiga el bienestar social.

Para el gobierno de la Colonia, el adjetivo y el nombre de revolucionario se aplicaba al trastornador de los principios; pero poniendo en la frase la idea de destrucción y desquiciamiento.^{7} Varela lo refuta muy certeramente, dando los dos conceptos que para él tenía la palabra *revolucionaria*.

El falso, bajo el cual se amparan los opresores, quienes atentan contra la voluntad y las reales necesidades del país, estableciendo el despotismo con el consiguiente daño a todo el cuerpo nacional. Hoy, los comunistas, y muy en especial el régimen de Fidel Castro, se autotitulan *revolucionarios*. Dice Varela, rechazándolos:

«Estoy contra ellos, porque tengo por tales a todos los que conociendo las necesidades de un pueblo, sus peligros, los medios de evitarlos, las ventajas de la aplicación oportuna de estos medios y la voluntad general de que se apliquen cuanto antes, se obstinan sin embargo en contrariarla, buscan todos los recursos para indisponer los ánimos y radicar la opresión y por intereses personalísimos mal entendidos sacrifican los de todo un pueblo.»^{8}

Estas palabras de Varela son proféticas. Tuvo la visión clara del fariseísmo pseudorrevolucionario y de las tiranías que se amparan bajo el membrete de *revolución popular*.

Para él, revolución verdadera era aquella que traía los cambios necesarios para mejorar y acrecer los bienes espirituales y materiales de un pueblo, salvando su libertad.

Tuvo muy presente el concepto de nación, identificándolo con su carácter humano, es decir, con los hombres que la integran, como lo hace al definir a España: [91]

«La España no es el territorio, son los españoles. Sí, mi amigo, las repúblicas del continente americano son la España libre, que para serlo ha sacudido el yugo de un amo, y ha jurado no sufrirlo jamás.»^{9}

Esto explica su concepto del verdadero revolucionario, el cual resume así:

«Todo el que trabaja por alterar un orden de cosas contrario al bien de un pueblo.»^{10}

Y añade, señalando su postura radical en aquellos momentos cuando aún no estaba totalmente madura la idea separatista:

«Yo me glorio de contarme entre esos revolucionarios.»^{11}

Varela es nuestro primer formidable turbulento, que plantea en términos radicales de verdadera revolución separatista, orientada hacia el bien del país, la problemática cubana de entonces.

Su pensamiento político se movió con dificultad en medio de la confianza reformista que representaban los sectores moderados dentro de Cuba, y resistió los embates del anexionismo que se gestaba en el destierro. Pero él se mantuvo inflexible. Su agonía de Patria, sólo terminada con su muerte en 1853, año en que nació Martí, tuvo el mismo fervor predicante y obsesivo que la del Apóstol que luego vendría. No hay solución de continuidad entre el ideario de Varela y el de Martí. Es más, no puede concebirse el pensamiento martiano sin la raíz político-espiritual que le sembró Varela con su labor precursora. Quizá la única diferencia está en el tono. Martí es angélico; Varela, el sacerdote, es ríspido.

Cuando tiene que enjuiciar, es duro, ácidamente franco. Hoy, en medio del confucionismo producto de los devaneos ideológicos, suena con metal de actualidad su palabra contra los falsarios del sacerdocio:

«Otra de las máscaras que mejor encubren a los pícaros, dice, es la religión. Estos enmascarados agregan a su perfidia el más execrable sacrilegio. [92] Se constituyen defensores natos de una religión que no observan, y que a veces detestan. En una palabra, ellos conocen el influjo de las ideas religiosas, y saben manejarlas en su favor.»^{12}

Suena áspera su voz; pero es la denuncia de un sacerdote verdadero, dotado, a la vez, del entendimiento político mejor organizado de su tiempo. Sabe perfectamente a lo que se refiere, y apunta, con su señalamiento viril, la urgencia de remedio que tiene la clase sacerdotal, la que quiere incorporar al servicio de la libertad. No ignora los ejemplos de Hidalgo y de Morelos.

Las palabras de Varela conservan un profundo valor de advertencia, no sólo en lo que de defensa de la Fe encierran, sino en cuanto constituyen máximas de acción práctica frente a la penetración del enemigo comunista.

Fue fiel a su ideario hasta su muerte, como fue fiel a su religión. Tocó las puertas de la santidad. Dice Medardo Vitier, escritor no católico y uno de los mejores ensayistas y pensadores del siglo XX cubano:

«La visión de la patria lo transportaba, del jergón miserable en que murió a los primeros años del siglo cuando él innovaba, reformaba, encendía la fe en los espíritus.»^{13}

La nación cubana tuvo en Varela el visionario y el político realista que concibió y definió la tarea de la revolución, clarificando el vocabulario político que serviría de órgano expresivo a su sensato radicalismo. Sobre su doctrina se levantaría la rebeldía liberal del 68 y la cruzada apostólica de Martí.

Llegado el momento de ubicar políticamente al Padre Varela, se hace necesario estudiarlo en el ámbito ideológico de su tiempo. El último cuarto del siglo XVIII y el primero del XIX constituyen el período de formación política del sacerdote cubano, quien, sin separarse ni un ápice de la ortodoxia católica, [93] toma posición dentro del liberalismo nacido de la Enciclopedia y de la Revolución Francesa.

No quiere decir esto que Varela adoptara la actitud de un jacobino. El movimiento liberal francés, que se reflejara en los españoles revolucionarios de 1812 y 1820, estableció, por encima de la violencia externa representada en la guillotina, un grupo de principios esenciales, plasmados en la *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano*. Estos principios fueron la expresión política de lo que en economía señalara Adam Smith con posterioridad a los fisiócratas franceses, que tanto dieron que hablar en Europa desde la Corte de los Borbones hasta la de Catalina II de Rusia.

En Cuba, y por instancias y apoyo del Obispo Espada, liberal de raíz, Varela se convierte en el expositor y comentarista de la Constitución de 1812. En sus *Observaciones sobre la constitución de la monarquía española*, fruto de sus explicaciones de Derecho Constitucional en su cátedra del Seminario de San Carlos, en La Habana, Varela se

extiende en consideraciones precisas sobre el alcance y propósitos de la Carta constitucional que regía para España y su colonias de Ultramar. No se queda el Presbítero en meras especulaciones doctrinales. De los principios universales, nacidos al calor del liberalismo francés, prendido en España a través de los mejores cerebros del siglo XVIII, pasa a conclusiones de carácter práctico y de intención radical, sobre la función de esos principios en la Isla de Cuba. El sacerdote-profesor entraba a innovar, desde su cátedra, y con gran influencia sobre un público no sólo estudiantil, los conceptos de gobierno y de derechos y deberes en su misma Patria.

Dice Medardo Vitier comentando el estatuto constitucional de 1812:

«La división de los poderes públicos, conforme a la conocida doctrina de Montesquieu, en su «Espíritu de las leyes», aparece bien explícita, y es sabido que ese principio se estimaba como garantía de libertad.»^{14}

Ya puede imaginarse el impacto de dicha doctrina dentro del ambiente cubano. Todavía en las redes del despotismo ilustrado, [94] no obstante las sanas influencias del Obispo Espada y del P. José Agustín Caballero, Cuba volvía a encontrar el camino de la libertad. Fue necesaria esta actividad teórica para preparar las vías del constitucionalismo revolucionario de Guáimaro en 1869.

Para Adolfo de Posada, tratadista español y profesor de Derecho Político, la Constitución de 1812, restaurada en España y sus colonias tras la revolución de Riego en 1820, era individualista, y como tal, amparadora de los derechos del hombre.^{15}

No se trataba, por consiguiente, que Varela explicara su curso de Derecho Constitucional con más o menos éxito. Lo importante fue que de sus interpretaciones surgió un ideario completo sobre el concepto jurídico y político del hombre y del ciudadano, y muy en especial del cubano como sujeto de derechos y deberes, tal como se mostraría en el proyecto de estatuto autonómico que presentó a las Cortes el 4 de marzo de 1823.

Este fue un paso prudente de Varela. Hombre dotado de una clara intuición política, adelantó con su solicitud de autonomía para Cuba el consiguiente paso hacia la independencia total. En el Preámbulo de este proyecto, conocido como *Instrucción para el gobierno económico-político de las provincias de Ultramar*, dice Varela:

«Es innegable que la naturaleza separando en tanto grado ambos hemisferios, hace muy desventajosa la suerte de aquellos moradores y presenta obstáculos a su unión política, que sólo pueden removerse confiando, a los que tienen su

felicidad identificada con la de aquel suelo, ya por naturaleza, ya por adopción, la vigilancia sobre el cumplimiento de las leyes.»^{16}

Esto ponía en las manos de los criollos el gobierno insular. Los acontecimientos de ese mismo año de 1823, cuando las tropas de la Santa Alianza devolvieron el poder absoluto a Fernando VII, quien disolvió las Cortes y condenó a muerte a Varela y otros diputados, obligándolos a tomar refugio fuera de España y sus colonias, dieron al traste con los proyectos de nuestro sacerdote-diputado, quien al votar la incapacidad del Rey, [95] abrió definitivamente el abismo entre él como patriota y el gobierno colonial de Cuba.

Resulta curioso que este documento, encontrado por José María Chacón y Calvo en el Archivo General de Indias, en Sevilla, formara parte de un legajo rotulado *Sublevación de América*.

Concluyendo, la labor de Varela como profesor de Derecho Constitucional y diputado ante las Cortes, lo definen como un luchador activísimo dentro de las ideas liberales de su siglo, ideas que aplicadas a la causa de la independencia de Cuba, engendraron un organismo influyente de ideas redentoras que indicaron los rumbos del futuro, haciendo de Varela el primer apóstol de la libertad cubana.

A partir de su destierro, en 1823, el Padre Varela dedica todas sus energías al apostolado de la Iglesia y a la causa del separatismo.

Desde Filadelfia y New York realiza una labor constante, a través de las páginas de *El Habanero*, y en sus contactos con todos los factores revolucionarios y reformistas, dentro y fuera de Cuba, Varela fue creando una conciencia nacional basada en el criterio de la independencia, totalmente opuesta a la teoría de compromiso planteada por Arango y Parreño.

Esta pugna ideológica tuvo otro ángulo, determinando así la estructuración tripartita de la historia política de Cuba durante el siglo XIX. Esta posición, pretendida síntesis de las otras dos, fue el anexionismo.

El anexionismo tomaba del ideal separatista el repudio del vínculo con España; pero abogaba por la integración de Cuba a la gran nación norteamericana. Frustraba, por consiguiente, la buscada independencia, determinando la desaparición de Cuba como nación al ser absorbidas su cultura y economía por la creciente república vecina.

La teoría de compromiso reformista, de hondo contenido económico, pues se apoyaba en las aspiraciones y necesidades de los hacendados esclavistas, era resueltamente pro-española, no admitiendo la posibilidad de separar a Cuba de la Metrópoli.

Varela fue radicalmente separatista. [96]

Después de fracasadas las Cortes de Cádiz por la reacción absolutista de 1823, Varela rechaza cualquier proyecto de autonomía. Para él, la única solución posible en el caso cubano era la independencia total, la Isla espiritual y natural, como se ha dicho, glosando sus palabras, en otra parte de este estudio. Pero también veta la teoría anexionista, sustentada por valiosos cubanos, algunos de ellos discípulos suyos, o revolucionarios del prestigio y valor de Gaspar Betancourt Cisneros (El Lugareño).

Cuando en 1849 El Lugareño visita por segunda vez a Varela, invitándolo a encabezar el movimiento revolucionario dentro de Cuba, con fines anexionistas, Varela se niega rotundamente.^{17} Él aspira a la independencia absoluta.

Esta actitud de firmeza en sus convicciones la demuestra también ante la cómoda postura de la transigencia, llamada *posibilismo*, que contaba entre sus sustentadores, de alto nivel humanista, a José Antonio Saco y Domingo del Monte.^{18}

Sus hermanas quieren que acepte las condiciones de un compromiso que puede traer reformas, y le piden que regrese a Cuba. Es en 1842. Su respuesta es la de un verdadero cristiano y patriota:

«Sólo puedo contestarte a tu carta melancólica recordándote nuestro deber de conformismo con la voluntad de Dios. Mi separación de mi patria es inevitable, y en esto convienen mis más fieles amigos. Acaso yo he tenido la culpa por haberla querido demasiado, pero he aquí una sola culpa de que no me arrepiento.»^{19}

La postura de Varela en cuanto a este debatido tema del anexionismo queda más que esclarecida. De igual manera, su negativa a cualquier transacción con la tiranía. Espíritu profundamente liberal en política —en el verdadero y humano sentido de la palabra liberal—, no podía aceptar como soluciones la liquidación de las esencias nacionales o la reforma que, si quizás beneficiosa en su momento en cuanto a la economía y la política a la luz del pensamiento moderado, [97] era perniciosa y disolvente en lo espiritual. Para Varela, ética y política eran inseparables.

De ahí que se fuera quedando solo. La intransigencia revolucionaria de 1823 se fue apagando. Con excepciones, como el levantamiento de Joaquín de Agüero y otros hechos

esporádicos, la lucha contra España trazó sus rumbos por el anexionismo, ya prácticamente liquidado hacia 1860, y por el reformismo, que plegaría sus banderas cuando el fracaso de la Junta de Información, abriendo paso al estallido revolucionario separatista de 1868.

Varela murió en 1853. Tuvo tiempo de encontrarse olvidado. Unos pocos de sus discípulos, ninguno seguidor de sus ideas, lo recordaban. Cometieron el error de pensar que el maestro por excelencia estaba equivocado, pues, como dice Hernández Travieso en su biografía,

«el Lugareño no percibió que ni anexionismo ni posibilismo era lo que esperaba de ellos, sino Independencia.»^{20}

Hasta su muerte fue consecuente con sus ideas, ya maduradas y hechas credo político en 1823. Cuando fue a las Cortes como diputado, ya el concepto de *revolución* como vía de redención para Cuba estaba forjado, a pesar de su proyecto o estatuto de reformas para las provincias de Ultramar. Esto lo comprendieron muy bien Tomás Gener y Leonardo Santos Suárez, los moderados que lo acompañaban. Varela fue así *el verdadero fundador de nuestra nacionalidad.*^{21}

Tráigase a la luz de hoy su intransigencia patriótica frente al conformismo, a la equivocada coexistencia o a la velada aspiración anexionista, y podrá apreciarse cómo es de valor actual, y por consiguiente necesario, el estudio del ideario político del Padre Varela.

Si la ética más elevada y el sentido idealista de la vida informan el pensamiento del Padre Varela, también, [98] y como señal más evidente del hombre político que era, la concepción realista de la situación histórica y la apreciación de los elementos racionales que podían conducir al triunfo de la libertad son características primordiales de su quehacer intelectual.

Varela no tiene una idea partidista de la causa cubana, no se ata o encierra en un sector determinado cuando enfoca la necesidad del cambio político, precisamente porque en él existe la idea de nación. Cuba no es ya la colonia que tiene que buscar su desarrollo independiente a la sombra de otro poder extraño o en la fusión con las repúblicas continentales. Cuba, para Varela, ya es la nación que reclama soberanía e independencia. El criollo insular, en el pensamiento de Varela, es cubano, por adjetivo y por esencia.

Con estos principios, Varela contempla, desde su destierro, la problemática cubana. Quiere conocer los factores que ayuden a conseguir la libertad, y aquellos otros que la demoran o la estorban. Hombre eminentemente democrático, no aspira ni exige la

uniformidad en las ideas, pero sí reclama la unión en los propósitos para alcanzar la independencia. La desunión es funesta para la causa de la nación cubana. Y así lo señala:

«La terrible arma de la desunión, manejada por los mismos que la quieren, es la que ha causado y causa más estrago en la isla de Cuba, pues ya se consigne, ya se finja, ya se exagere, siempre ¡ah! siempre sus golpes son mortales. Quiera Dios que un desengaño oportuno embote sus filos.»^{22}

La formidable actualidad que las palabras de Varela tienen reafirman su condición de político realista. Examina con lucidez la situación cubana en aquel momento de confusión tremenda, cuando las fuerzas de la libertad parecen dispersas o desorientadas dentro y fuera de Cuba. Ya se ha estudiado su posición frente al anexionismo y al posibilismo, su negativa a toda actitud reformista que no trajera, como conclusión indispensable, la independencia de Cuba.

La desunión fue la piedra angular en el lento camino de la nación cubana hacia su plenitud. [99] Y Varela señala no sólo el hecho de la desunión, sino el interés péfido que la movía. En el destierro del siglo XX, esta visión de Varela tiene una poderosa actualidad. Precisamente por su concepción realista del acontecer político, el pensamiento de Varela, idealista, no se pierde en los limbos de la teorización. Varela tiene olfato político, es político nato. No hubo entre sus contemporáneos una mente más clara para el entendimiento del problema cubano.

El realismo de Varela le hizo comprender que una cosa era la unión entre los militantes y otra la unanimidad de criterio entre los habitantes de la Isla. Estaba perfectamente claro para él el panorama. Había cubanos que querían la libertad, y había criollos fernandinos, integristas, recalcitrantes en continuar unidos a la monarquía española. No podía esperarse, pues, a que una opinión común y general pidiera la independencia. Eso, más que un error de perspectiva, era una cautelosa actitud de moderación y conveniencia personal. El radicalismo que postulaba Varela no podía ser grato a los cubanos esclavistas amparados en su tráfico inhumano, ni podía ser aceptado por los que de una manera u otra detentaban honores y privilegios provenientes de la Península. Por otra parte, los estragos y sufrimientos que trajeron las guerras de independencia en su natural ejercicio de la violencia, llenaban de pavor a muchos de los habitantes de la Isla. No obstante, eso no podía ser un freno para la causa de la libertad cubana. La independencia se tenía que lograr con el concurso de las minorías decididas. La aspiración o pretensión de unanimidad era una forma de ocultar el egoísmo. Así lo expresa Varela:

«Hay un error funestísimo difundido entre muchas personas de La Habana, que no puedo pasar en silencio al terminar este artículo. Aspiran o fingen aspirar a una conformidad absoluta en la opinión, como indispensable para un cambio político. Esto equivale a un *no quiero* disimulado con una convicción. ¿En qué país, en qué ciudad de ideas, cuando se trata de objetos de infinitas relaciones y que excitan infinitos intereses? ¿Qué cambio político, o qué negocio de alguna importancia se habría decidido en pueblo alguno si prevaleciesen tales principios?»^{23} [100]

Vuelve el realismo de Varela a poner en actualidad su pensamiento. Este falso concepto de la unanimidad necesaria para llevar a cabo la labor de la libertad, también es hoy un lastre en el camino de la independencia cubana. Basta, pues, volver al pensamiento de Varela para encontrar la solución y la interpretación certera de la posición acomodaticia de los que quieren eludir el sacrificio.

Entonces como ahora, los recursos económicos eran indispensables para el logro de los fines revolucionarios, y junto a lo económico, los recursos aún más valiosos del talento. Los enemigos de la libertad solían atribuir a los cubanos de espíritu libre todas las faltas y todas las lacras, con el fin de quitar prestigio a la causa de la independencia, pero, muy en especial, restarle ayuda económica, la cual tenía que venir, forzosamente, de las clases pudientes del país, dadas las condiciones de Cuba en aquella época, cuando un destierro pobre, escaso y disperso, muy poco podía hacer en la acción práctica. Varela va al centro de la cuestión, con la vara del patriotismo. Dice:

«No ha habido intención depravada que no se haya atribuido a los que se atrevieron a decir: *seamos libres*. ¿Faltan luces? Hubiéranlas dado los que las tienen. ¿Faltaba prestigio? Hubiéranse acordado muchos que lo tienen, que lo deben a la Patria. ¿Faltaba dinero? Bastante gastan inútil, y aun diré inicuaamente, muchos que se llaman patriotas.»^{24}

Aquí está Varela en político hablando claro, con una apreciación realista de la situación cubana que no tuvo la mayoría de sus compatriotas. Hoy tiene vigencia el pensamiento de Varela. El que nos enseñó a pensar, nos enseña el camino para el logro de la libertad.

Félix Cruz-Álvarez
Biscayne College

- {1} César García Pons, *El Obispo Espada y su influencia en la cultura cubana* (La Habana. Publicaciones del Ministerio de Educación, 1951), pp. 143-151.
- {2} César García Pons, op. cit., pp. 143-144.
- {3} Padre Félix Varela, *Instituciones de filosofía ecléctica, publicadas para uso de la juventud estudiosa: Texto latino, trad. castellana por Antonio Regalado González*, La Habana: reimp. Ed. de la Universidad de La Habana, Biblioteca de autores cubanos, núm. 19, Cultural, S.A., 1952.
- {4} Padre Félix Varela, «Paralelo entre la revolución que puede formarse en la isla de Cuba por sus mismos habitantes, y la que se formaría por la invasión de tropas extranjeras», *El Habanero (Papel político, científico y literario)*, Tomo I, núm. 3, Filadelfia: Imp. de Stavely y Bringhurst, 1825. Reimp.: Miami, Revista IDEAL, 1974, pp. 94-95.
- {5} Padre Félix Varela, *El Habanero, ibíd.*, p. 93.
- {6} Aurelio Mitjans, *Estudio sobre el movimiento científico y literario de Cuba* (La Habana: reimp. Consejo Nacional de Cultura, 1963), pp. 88-89.
- {7} Padre Félix Varela, «Diálogo que han tenido en esta ciudad un español partidario de la independencia de la Isla de Cuba y un paisano suyo antiindependiente», *El Habanero (Papel político, científico y literario)*, Tomo I, Núm. 1, Filadelfia: Imp. de Stavely y Bringhurst, 1824; reimp. Revista IDEAL, Miami, 1974, p. 105.
- {8} Padre Félix Varela, op. cit., p. 105.
- {9} *Ibíd.*, p. 107.
- {10} *Ibíd.*, p. 106.
- {11} *Ibíd.*, p. 106.
- {12} Antonio Hernández Travieso, *El Padre Varela: Biografía del forjador de la conciencia cubana*, La Habana: Biblioteca de Historia, Filosofía y Sociología, vol. XXVIII, Jesús Montero, editor, 1940, p. 305.
- {13} Medardo Vitier, *Las ideas en Cuba*, tomo I, La Habana: ed. Trópico, 1938, p. 123.
- {14} Medardo Vitier, *Las ideas en Cuba*, Tomo I, La Habana: Trópico, 1938; reimp. Mnemosyne Publishing Co., Miami, 1969, p. 118.
- {15} Vitier; *op. cit.*, p. 117.
- {16} *Ibíd.*, pp. 120-121.
- {17} Antonio Hernández Travieso, *El Padre Varela (Biografía del forjador de la conciencia cubana)*, La Habana: J. Montero, Biblioteca de Historia, Filosofía y Sociología, vol. XXVIII, 1949, p. 444.
- {18} Op. cit., p. 444.

{19} *Ibíd.*, p. 444.

{20} *Ibíd.*, p. 445.

{21} José Antonio Fernández de Castro, *Ensayos cubanos de historia y de crítica*, La Habana: J. Montero, Biblioteca de Historia, Filosofía y Sociología, vol. XIII, 1943, p. 44.

{22} Padre Félix Varela, *El Habanero (Papel político, científico y literario)*, Miami: reimp., Revista *Ideal*, 1974, p. 174.

{23} Varela, op. cit.; p. 190.

{24} *Ibíd.*, p. 193.